

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el hombre del juicio final

SILVER KANE



El despacho era reducido y modesto. Diríase que correspondía a un pequeño funcionario de Servicios Exteriores de Su Graciosa Majestad. No tenía más que una ventana al exterior y esa ventana daba a un pequeño patio: Sólo había en aquel lugar unos cuantos libros, un magnetófono de anticuado modelo y un mapa mural que bien pudiera haber estado en un colegio de primera enseñanza. Kleyton, el jefe de Servicio Oriental, prefería aquel despacho insignificante porque era el más seguro de toda la casa.

Desde los tiempos de los *raids* aéreos de los nazis, durante la última guerra le había quedado aquella idea: «Hay que estar en un lugar seguro, porque nunca se sabe lo que va a ocurrir».

Jess Tunder había encendido un cigarrillo. Le miraba con atención.

—¿En qué va a consistir mi trabajo esta vez, Kleyton?



Silver Kane

El hombre del juicio final

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1080

ePub r1.0

Lds 06.03.18

Título original: *El hombre del juicio final*

Silver Kane, 1971

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

LA EXTRAÑA MISION DE JESS TUNDER

El despacho era reducido y modesto. Diríase que correspondía a un pequeño funcionario de Servicios Exteriores de Su Graciosa Majestad. No tenía más que una ventana al exterior y esa ventana daba a un pequeño patio: Sólo había en aquel lugar unos cuantos libros, un magnetófono de anticuado modelo y un mapa mural que bien pudiera haber estado en un colegio de primera enseñanza. Kleyton, el jefe de Servicio Oriental, prefería aquel despacho insignificante porque era el más seguro de toda la casa.

Desde los tiempos de los *raids* aéreos de los nazis, durante la última guerra le había quedado aquella idea: «Hay que estar en un lugar seguro, porque nunca se sabe lo que va a ocurrir».

Jess Tunder había encendido un cigarrillo. Le miraba con atención.

—¿En qué va a consistir mi trabajo esta vez, Kleyton?

—Debes ir a Rusia.

—Un hermoso y gran país... ¿Qué he de hacer? ¿Es que resulta que ahora ya no tenemos relaciones normales con los «soviets»?

—Nuestras relaciones son excelentes, dentro de lo que cabe. No hay ninguna clase de problema con ellos, ni nuestro Gobierno desea que lo haya.

—Entonces, ¿qué he de hacer allí?

—Buscar a un hombre.

Jess aspiró el humo de su cigarrillo, mientras miraba el techo. Buscar a un hombre... No era la primera vez que le ordenaban aquello. Había buscado hombres en Inglaterra, en Yugoslavia, en

Etiopía y en Rodesia, pero nunca en la inmensa Unión Soviética. Ni siquiera había estado jamás en aquel país. Ignoraba los resortes que tendría que tocar en un mundo como aquél, completamente distinto. Ignoraba también qué clase de hombre le habrían señalado.

Kleyton se lo dijo:

—Se trata de un ruso blanco. No necesito decirte, Jess, qué conglomerado de razas, de culturas y de religiones hay en la inmensa Rusia. Allí puedes encontrar mongoles, tártaros, armenios, kirguises, lapones... Pero el hombre a quien debes buscar es un tipo como nosotros. Estudió en Oxford y habla el inglés correctamente. En muchos aspectos podría pasar por un británico.

—¿Dónde vive?

—Sabemos que ha pasado largas temporadas en Moscú, pero actualmente reside en Novgorod; es una de las más viejas ciudades rusas.

—¿Cómo lo encontraré?

—Novgorod es una ciudad pequeña, y tú tendrás una fotografía de ese hombre. Lo demás es cosa tuya, Tunder.

—¿Cómo se llama él?

—Yavrenko.

Jess guardó aquel nombre bien grabado en la memoria: «Yavrenko». Sabía que no se lo darían escrita en ninguna parte. Sabía también que no se lo iban a mencionar demasiadas veces. «Yavrenko». Debería recordarlo como si se tratase de su propio nombre.

—¿Qué hizo?

—Estaba nacionalizado inglés. Pertenecía a nuestro Servicio Secreto. Al dominar a la perfección siete idiomas, se había convertido en uno de los hombres más indispensables con que contábamos. Fue nuestro enlace más eficaz, más certero.

Jess parpadeó.

Sabía lo que aquello significaba. No necesitó que Kleyton se lo explicara con más detalle.

—El conocía a todos nuestros hombres y a todas nuestras redes —murmuró Kleyton instantes después—. Un enlace es uno de los miembros más delicados, uno de los que necesitamos sean fieles a toda costa. Yavrenko no lo ha sido.

—¿Quizá se vendió a los rusos?

—No, no lo ha hecho aún. Se limita a vivir allí como un simple ciudadano particular, mientras tramita la recuperación de su nacionalidad soviética... No ha hecho nada, pero podría hacerlo. Todos nuestros hombres clave serían entonces reconocidos por los rusos.

—Eso hubiese significado un peligro mortal hace algunos años —expuso Jess—. Ahora no.

—¿No? ¿Es posible que un hombre como tú crea eso, Tunder? No hay peligro en Europa, pero lo hay en Oriente Medio y Asia, y de los peores. Muchos de nuestros hombres confinados en Tierra Santa o en el continente amarillo, están en una posición doblemente delicada precisamente porque Inglaterra pretende guardar una posición neutral. Los chinos darían mucho por saber cuáles son nuestras instrucciones secretas, nuestros propósitos mejor guardados. Si los rusos llegan a conocer nuestra red, ¿qué seguridad podemos tener de que no la llegarán a conocer también los chinos?

Jess parpadeó otra vez. Visto de este modo, el problema cambiaba completamente.

El había pensado ya en aquella posibilidad antes de hablar, pero no quiso dar al problema, en principio, demasiada importancia. ¿Por qué pensar en un intercambio de información entre los rusos y los chinos? ¿No se miraban ahora las dos naciones a respetuosa distancia? ¿Por qué habrían de compartir sus secretos?

Pero Kleyton insistió:

—El problema es grave para el futuro de nuestro Servicio Secreto. Muchos de nuestros agentes se verían imposibilitados para actuar. Morirían quizá en los más recónditos lugares de Asia. De nada serviría cambiarlos una vez identificados. En realidad la red debería ser creada de nuevo, y eso exigiría años de esfuerzo, unos años que ahora no podemos permitirnos el lujo de perder. Siempre ha existido espionaje, aun en tiempos de paz. ¡Y ahora la paz es tan precaria!

El joven asintió débilmente. Se daba cuenta. ¡Claro que se daba cuenta! El sabía bien por qué débiles soportes se mantiene a veces toda una red. Roto un eslabón, cuesta ímprobos esfuerzos reconstruir la cadena. A veces la pérdida de un solo hombre significa también la pérdida de unos años que luego ya no se

pueden recuperar.

—¿Qué he de hacer con Yavrenko una vez lo encuentre? —susurró.

—Persuadirle para que vuelva a Inglaterra. Darle las máximas seguridades acerca de su persona.

—¿Y si no accede?

Kleyton alzó los dos brazos al techo, con un gesto exageradamente dramático.

—Oh, entonces depende de las intenciones de Yavrenko.

—Supongamos lo peor.

Kleyton, ahora, no hizo el menor gesto.

—Te enseñaré algo que debes llevar contigo, muchacho.

Retiró un libro de la biblioteca. Era una Guía Michelin, encuadernada en rojo, muy normal en un turista. No tenía nada de particular; estaba impresa en lengua francesa, y no parecía ya demasiado nueva, pese a ser una edición muy reciente.

Lo abrió bruscamente por el centro.

Una lengua de acero larga y vibrante, pareció saltar al aire. Quedó inmovilizada al cabo de unos segundos, sujeta al libro. Era tan delgada y dura que hubiese podido atravesar fácilmente, hasta el fondo, una garganta humana.

—Basta abrirlo ante los ojos de un enemigo —susurró—. Naturalmente, antes hay que apretar el tejuelo donde está el título. Eso evitará un accidente inesperado.

Tunder no hizo ningún gesto.

Había visto algunos artefactos parecidos, aunque era la primera vez que le entregaban uno de ellos. Eso indicaba que su trabajo podía ser de lo más maldito.

Kleyton prosiguió:

—Naturalmente no es eso todo.

—Lo suponía.

—La página cien tiene unas notas en clave. Llamarán fácilmente la atención a cualquier enemigo. Deberá estudiarlas muy atentamente y muy de cerca, si pretende sacar algo de ellas. No notará el olor especial de la página, pero ésta producirá sus efectos.

—¿Es un cloroformizante?

—En efecto. Produce un sueño invencible en menos de un minuto. Nadie es capaz de notarlo. La paralización de los centros

nerviosos llega de pronto, casi como un impacto. Jess empezó a mirar aquel libro con más respeto.

—¿Eso es todo?

—No.

Kleyton siguió manejando el volumen.

—La última página está tratada con veneno. Te bastará arrancar un pedacito insignificante, Jess, y masticarlo, para que todas tus penas terminen en un momento. Porque el único lujo que no puedes permitirte es el de hablar.

—Comprendo.

—Todavía hay más.

—No me dirá, que tocando un resorte, ese libro se convierte en un avión ultrasónico.

—No, pero puede ocurrir algo parecido.

—¿Cómo...?

—Este libro se mueve.

—No..., no lo entiendo.

—Puedes dejarlo al lado de un enemigo al que quieras eliminar, incluso aunque él esté dormido. No tienes más que doblar para ello la página segunda como si hicieras una señal. Debajo de las dos tapas se produce un tremendo campo magnético, capaz de atraer lentamente el libro, cuyo peso es mínimo, hacia cualquier objeto metálico que esté a menos de dos pulgadas. Puede ser un encendedor, la hebilla de un cinturón..., ¡un simple diente de oro! Una vez el libro está a la mínima distancia del objeto que lo ha atraído, explota materialmente. La potencia del explosivo que lleva bajo las cubiertas es suficiente para matar a un hombre que esté a muy poca distancia, o al menos para inutilizarlo. Por supuesto eso significa que el libro ya no vuelve a servir, desaparece materialmente. Por ello solo debes atenerte a esa última posibilidad en un caso realmente desesperado.

—Comprendo también. Lo voy entendiendo todo, por desgracia.

Ahora Jess miraba el libro con un respeto absoluto. Se hubiera quitado el sombrero ante él.

—¿Con las otras páginas no ocurre nada?

—Nada.

—Menos mal.

—A ver si recuerdas las que he mencionado, las únicas que

tienen importancia.

—La página del medio abierta bruscamente. La última, la cien y la segunda, después de doblar ésta como cuando se hace una señal. Es sencillo.

—Y muy fácil de recordar. Una sola equivocación y convertiría eso en un desastre.

—Me hago cargo.

—Ahora tómalo.

Jess Tunder lo recogió con manos inseguras. No le gustaba tener aquello consigo. No, de ningún modo le gustaba. Era como si el libro tuviera vida, como si fuera un ser satánico, dotado de razón. Le parecía ahora que no podría dormir tranquilo mientras lo tuviera cerca.

—¿Cuándo partiré, Kleyton? ¿Y podré llevar otras armas?

—Ninguna. Serías sospechoso en caso de registro, y podría acarrearle disgustos. Si algo necesitas te lo proporcionas allí y por tus propios medios. En cuanto al pasaporte, visados, documentación y dinero ruso te lo facilitará Johnson dentro de unos momentos. Saldrás mañana mismo a primera hora, hacia París. Allá te aguardará un coche, con el que deberás viajar hasta Novgorod como un turista cualquiera.

Jess asintió. Dijo que sí a todo, pero empezaba a sospechar lo que encontraría detrás de aquello.

Y la boca se le había ido quedando seca.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE QUE NO EXISTIA

Tenía que despedirse de su mujer.

Llevaban sólo una semana casados, y ya había ocurrido aquello que temieran. Jess Tunder tenía que alejarse del país, debía hundirse en las profundidades de un mundo remoto, en busca de un hombre que no había visto jamás. Un hombre que quizá en estos momentos ya estaba advertido y le esperaba, dispuesto a liquidarle en su propio terreno.

Jess, que siempre había vivido en diversos hoteles de Londres, tenía alquilado, desde su matrimonio, un apartamento de tres habitaciones en el centro de la ciudad, en *Pall Mail*. Sabía que su esposa se encontraría allí a aquella hora.

Antes de su llegada, telefoneó diciendo que inmediatamente tenía que salir para Rusia y que se llevaría sólo un par de trajes. Luego compró algunas cosas y fue al apartamento.

El joven buscó el llavín, una vez ante la puerta.

Su alta estatura, sus hombros cuadrados, propios de un luchador, resaltaban en la penumbra del descansillo.

Se franqueó la entrada. El vestíbulo era una pieza pequeña, desde la cual se pasaba a la principal, dotada de cómodos muebles y una acogedora chimenea que estaba encendida durante aquellos días de cierto frío. Oyó en el interior los pasos de su esposa.

Jess pasó a la sala principal.

Su esposa, Esther, se encontraba en el centro de ésta. Vestía una larga y transparente bata de casa, abierta por el centro. Bajo la seda se insinuaban sus esbeltas piernas, enfundadas en medias finas.

Llevaba zapatos altos y en determinados aspectos de su indumentaria parecía como si estuviera dispuesta a salir. Daba la sensación de que sólo le faltaba quitarse la bata, poniéndose un vestido para estar lista y salir a la calle.

Jess, al verla, pensó en primer lugar que era una mujer muy hermosa.

Quieta ante él, erguida y turbadora, mostrando sus líneas mórbidas cubiertas por aquella ropa interior subyugadora, hubiera vuelto loco a cualquier hombre mucho más frío que Tunder.

Pero luego éste se sorprendió.

¿Por qué iba Esther así? ¿Es que pensaba marcharse cuando no salía nunca a aquella hora?

—¿Ibas a salir?

—Claro...

Jess sonrió.

—Claro... Ya acabo de verlo. Pero no lo entiendo. Jamás acostumbras a salir a esta hora...

Ella se sentó.

Cruzó las piernas, dejando que se entreabrieran completamente los bordes de su bata.

Por supuesto, Jess era su marido, pero el hombre tuvo que apretar los labios, dominado por la casi irresistible tentación de abrazarla.

Esther encendió un cigarrillo con movimientos calmosos y le miró.

—Jess...

—¿No puedo saber a dónde ibas, Esther? ¿Es que tratas de ponerme celoso?

Ella exhaló una bocanada de humo.

—Mira, Jess, no comprendo por qué estás de broma.

—¿Qué clase de broma?

—Me has dicho que me preparara para salir, y cuando me ves preparada te extrañas.

Tunder repasó sus recuerdos, pero no dio con aquello. El no creía haber dicho a Esther, antes de su extraña experiencia de aquella mañana, que a su regreso saldría a algún sitio.

—Pues... no recuerdo.

—¿Cómo que no recuerdas?

—Esta mañana, antes de salir, no te he dicho nada.

—¿Cómo que antes de salir?

Jess cada vez lo entendía menos.

Pero aún sonreía.

—Si no te lo he dicho esta mañana, ¿cuándo ha sido?

—Hace diez minutos.

En el primer momento Jess Tunder no entendió del todo.

Luego una campanilla empezó a sonar en su cerebro, pero muy remotamente.

Allí algo funcionaba mal, aunque no sabía qué. Algo que de momento no podía ni imaginar siquiera.

—¿Dices que tú y yo hemos hablado hace diez minutos? —susurró.

—Casi justos. Y no me refiero a tu llamada telefónica. Ha sido después.

—Pero..., ¡pero hace diez minutos yo estaba en la calle, Esther!

—¿Qué...?

—¡Yo estaba en la calle!

Esther exhaló otra lenta bocanada de humo. Pareció como si no hubiera querido escucharle. Como si siguiese creyendo que él le gastaba una broma.

—Mira, Jess, me sabe mal que al cabo de siete das de casados ya te rías de mí.

—¿Reírme? Oye, Esther, yo acabo de llegar. Hace diez minutos estaba tratando de aparcar el coche y, por cierto, bien lejos de aquí.

—Hace diez minutos estabas en esta habitación.

—¿Yo?

—¿Quién va a ser? ¡Tú mismo!

Esther se iba poniendo nerviosa. La pierna que cabalgaba sobre la otra se estaba moviendo con excesiva rapidez. Era claro que todo aquello la irritaba.

—¡Tú mismo! —insistió—. ¡Estabas ahí de pie ante mí, como estás ahora! ¡Y me has dicho que me preparara para salir!

—¿Hace... diez minutos?

—Bueno, quizá no haya sido exacta —ella hizo un mohín—. Tiempo de ponerme las medias, calzarme y arreglarme el pelo. Quizá hayan sido ocho minutos solamente. Pero ¿qué más da?

Jess necesitó sentarse.

Al principio había tomado aquello como una broma de su mujer, pero ahora se daba cuenta de que ella estaba hablando completamente en serio.

Si decía que acababa de hablar con él, debía ser porque estaba completamente segura de ello.

Pero ¿cómo...?

—Vamos a ver, Esther... —Jess intentó mirar aquello con calma—. ¿Qué te he dicho yo? ¿Podrías repetir mis palabras?

—Todo este juego me parece ridículo, Jess. No sé adónde quieres ir a parar.

—Te lo ruego como un favor. Repite mis palabras de hace diez minutos, si las recuerdas.

—Pues..., pues tú me has dicho más o menos esto: «Vamos a salir, querida. ¡Uf, estoy cansado! ¿Quieres vestirme? Te llevaré a cualquier espectáculo del Soho y luego nos quedaremos a cenar allí mismo». Eso es casi exactamente lo que has dicho, Jess.

Él se había puesto un cigarrillo en los labios, pero ya no se acordaba de encenderlo.

—¿Estás segura, Esther?

—¿Qué importa una palabra más o menos? El sentido de lo que dijiste es éste. ¿Y por qué seguimos con una broma que ya no tiene sentido?

—No, no... No es seguir una broma. Es simple curiosidad. Estoy haciendo una prueba para ver si preciso bien mis recuerdos. ¿Qué hice después de decirte esto?

—Pues... Bueno, no me fijé exactamente. Fuiste al cuarto de baño y... ¡Ah, sí! Te diste un poco de masaje.

Noté el olor mentolado a través de la puerta. Yo me estaba poniendo las medias y buscando unos zapatos que me sentaran bien con el vestido que pensaba ponerme. Luego oí la puerta exterior, y me eché la bata encima para ver qué ocurría. Estaba un poco sorprendida, te lo aseguro. Pero eras tú de nuevo. Entonces has empezado con esta comedia absurda.

Jess se puso en pie.

—Perdona.

—¿Adónde vas?

—Es sólo un momento.

El joven fue al cuarto de baño, que estaba junto al dormitorio,

abrió la puerta y notó enseguida el suave olor a mentolado del masaje facial. La botella, además, estaba depositada sobre una de las estanterías, como si él la hubiese sacado y olvidase volverla al armario.

El cigarrillo sin encender tembló unos momentos en sus labios.

Palpó sus mejillas.

No, él no se había puesto masaje. Pero ¿es que acaso iba a creer aquella historia absurda? ¿Acaso iba a dar crédito a una sola de las palabras de Esther?

De todos modos, su sentido profesional se impuso.

Extrajo un sobre de los que Esther empleaba para guardar polveras y otros pequeños objetos, y depositó en él la botellita sin apenas tocarla. Al día siguiente haría comprobar en el laboratorio si existían allí otras huellas aparte de las suyas.

Pero ¿por qué aquello? ¿Es que iba a empezar a creer algo que no tenía sentido?

Jess Tunder se había considerado hasta ahora como un hombre de sangre fría. Un tipo que no se inmutaba ante la más absurda e inesperada situación.

Y ahora estaba alterado. Empezaba a creer cosas que no existían, que nunca podrían existir. Lo único que ocurría era que Esther había sufrido una especie de alucinación.

¿Allí? ¿Y de día?

Jess no entendía mucho acerca de los abismos en que se puede hundir una mente humana. De todos modos, Esther había pasado sola demasiadas horas últimamente.

Puede llegar un momento en que alguien, en la soledad, crea oír voces que no existen.

Pero ¿y verle...? ¡Esther le había visto!

El joven se encogió de hombros al fin.

Todo aquello no tenía ningún sentido. Ni aun con la mejor voluntad se podía descubrir una sola verdad en aquellas palabras. De todos modos sería aconsejable que, antes de emprender él su viaje, Esther fuera visitada por un médico.

Encendió al fin su cigarrillo. Lo mejor sería no volver a mencionar aquel absurdo incidente ante la muchacha.

Salió. Ella continuaba sentada. Aún balanceaba una de sus hermosas piernas.

—¿Qué has ido a hacer, Jess?

—Nada. Buscaba lumbre para mi cigarrillo.

—¿En el cuarto de baño? Tienes el encendedor aquí.

—Es cierto. Creí que..., creí que había dejado allí el mío. Ahora ya lo tengo.

—Menos mal.

Era evidente que ella no le creía, pero tampoco sentía deseos de volver a resucitar la conversación anterior.

—Vamos a salir de todos modos, Esther.

—¿A Soho?

—Ujú.

—Me gustaría que me llevases a algún restaurante húngaro. He oído decir que hay algunos de primera fila.

—Sí; iremos a uno de ellos. El que tú prefieras.

—¡Oh, Jess, eres maravilloso!

Esther se colgó de su cuello. El no tuvo valor para decirle que aquello era como una despedida.

Pero Esther seguía colgada de su cuello. Balanceaba las piernas.

A Jess le resultó muy difícil llegar a tiempo a los espectáculos de aquella tarde. Palabra que le resultó difícil.

CAPÍTULO III

VUELA, MUCHACHO, VUELA

Encontró en París al hombre a quien buscaba. El hombre se hallaba en una pensión de la rué Soufflot, en pleno ambiente estudiantil, ocupando una habitación contigua a las de unas chicas alemanas que se pasaban el día tendiendo en la ventana su ropa interior, saliendo al pasillo sin gran cosa encima y llamando continuamente a su puerta para pedirle las cosas más absurdas.

El hombre a quien Jess buscaba se llamaba Leclerc, como uno de los más famosos generales de la última guerra. Pero no era general ni soñaba con serlo. Este Leclerc era bajito, algo rechoncho, con una mala baba impresionante y un caudal de llaves de judo capaces de desarticular a un gorila. Llevaba ya dos días esperando a Jess y soñando con las alemanas. Aquello era un suplicio.

—¿Cómo has tardado tanto? Recibí una nota diciendo que llegarías a París el día doce.

Estamos a catorce.

—Tuve inconvenientes con mi mujer. Hube de llevarla al médico. —¿Esperáis un bebé?

—No. Nada de eso. Hube de llevarla a un psiquiatra.

—No rae dirás que está loca... ¡Eso sólo tengo derecho a estarlo yo! ¡Llevo dos días encerrado aquí! ¡Teniendo como vecinas a unas alemanas que cambian de combinación cada media hora!

—No, no, lo de mi esposa no tiene importancia... —murmuró Jess soslayando la cuestión—. Fueron unas alucinaciones sin sentido.

Era verdad. Eso le había dicho el médico. No existía para lo

ocurrido explicación posible. Tampoco había huellas extrañas en el frasquito de loción.

—Bueno, pues deja de pensar en ella. ¡Por suerte para ti vas a estar mucho tiempo sin verla, muchacho!

—¿Tienes el automóvil preparado?

—Sí. Y es un modelo descapotable que te dejará mareado. Nada menos que un «Aston Martin». El Gobierno de Su Majestad paga poco, pero de vez en cuando se descuelga con cosas de ésas. ¿Quieres verlo?

—He de salir enseguida.

—Entonces, vamos. Yo también tengo ganas de salir de esta maldita habitación. Lo he depositado en una casa de compraventa de la avenida Wagram.

Fueron hacia allí. Todo el barrio latino palpitaba con sus mil gritos en aquella hora agitada del anochecer. Los cafés estaban repletos. Las librerías también aparecían llenas de tipos barbudos y de muchachas pálidas que buscaban el último éxito literario o la última novela científica. Algunas damas elegantes y de mirada turbia iban saliendo ya para ocupar puestos estratégicos en los cafés de los grandes bulevares. Todo el ambiente de París que Jess conocía a través de sus innumerables viajes parecía palpitir aquella noche como no había palpitado jamás.

Casi le supo mal abandonarlo para adentrarse en la tranquilidad burguesa y señorial de la avenida Wagram.

En el escaparate de la casa de compraventa, el «Astor Martin» color gris plata relucía como una joya.

Leclerc saludó al dueño y presentó a Tunder como si fuera un millonario inglés que deseaba disponer del mejor automóvil sin reparar en gastos.

—Se lo he vendido al fin —dijo—. ¿Han tenido ustedes muchas ofertas?

—Cinco, *monsieur*. Y muy interesantes. Nosotros pudimos haberle hecho una excelente venta, *monsieur*...

—Desde luego, pero ya les advertí que era muy posible que tuviera algún compromiso para venderlo yo mismo. ¿Cuánto les debo por el depósito de estos tres días?

—Tenga la bondad de pasar por la oficina, *monsieur*.

Jess estuvo unos cinco minutos en el despacho y salió antes que

Leclerc. Miró bien el coche, que era un auténtico bólido con el que podía llegar no sólo a Novgorod, sino hasta la mismísima ciudad prohibida de Pekín, si hacía falta. Mientras él lo miraba, dos silenciosos operarios vestidos de blanco empujaron el bólido suavemente hasta la calle, como si fuera una joya con ruedas. Ni siquiera hicieron girar la llave de contacto, para tratar al coche con más suavidad.

Jess echó una ojeada a las ruedas. Eso le bastaba. La presión de los neumáticos era la justa.

Hizo girar la llave. El coche se puso en marcha en un parpadeo. Su sonido era regular, rítmico y suave. Era el sonido que a todo automovilista le gusta oír antes de emprender un largo viaje.

Comprobó el cuentamillas.

El «Aston Martin» había hecho cuatro mil, justo lo necesario para estar desfogado y empezar a dar su máximo rendimiento.

Luego Jess volvió a entrar en la tienda.

Leclerc salía de la oficina, donde acababa de pagar el depósito. Aún llevaba el recibo en la mano derecha.

—¿Satisfecho, Jess?

—Sí, el coche está en condiciones. Ya he visto que el tanque de gasolina está lleno, y los instrumentos marcan también que es correcta la presión del aceite. ¿Lo has cambiado hace poco?

—Justo antes de traerlo aquí. Y lo engrasé, y cargué el radiador, y comprobé la presión de los neumáticos. Lo tienes todo listo para emprender el viaje.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Si no me necesitas, me largo. No puedes imaginarte lo que significan dos días encerrado en una habitación, sin poder salir para nada, esperando a un mameluco como tú, mientras por la ventana se oye el ruido de la animación de París. Si no piensas salir hasta mañana, podemos cenar juntos esta noche en el Moulin Rouge. Hay un concurso de *strip amateur*. No sabes lo que es eso.

—He de salir esta misma noche. Llevo ya demasiado retraso.

—En este caso, abur. Y si te entierran por ahí, envíame antes una tarjeta con las señas del nicho para acordarme de felicitarte cada fin de año.

Leclerc se largó.

Jess Tunder quedó quieto en el lujoso establecimiento, con su

guía Michelin bajo el brazo, como uno de esos eternos turistas millonarios que ya no saben qué hacer ni con su despiste ni con su dinero.

Los empleados de la tienda lo miraban con envidia.

—Buenas tardes, *monsieur*.

—Buen viaje, *monsieur*.

En realidad, sentían hacia él un secreto odio y deseaban que se matara, pero los pensamientos franceses son una cosa y la cortesía francesa es otra.

Jess salió.

Y entonces la vio a ella.

Ella estaba sentada en el «Aston Martin», con la portezuela a medio abrir, y con una pierna fuera y otra dentro. Resultaba difícil concebir postura más sugestiva, más tentadora, dentro del limitado número de posturas que una mujer puede adoptar en la calle.

Jess la identificó enseguida. Era una *cocotte* de categoría, una damisela que había salido a probar fortuna, pero que picaba alto. Había pensado que el dueño de un «Aston Martin» podía ser generoso con ella. Y había pensado también que lo mejor en estos casos era la táctica directa.

Estaba segura de su belleza y sabía que aquel individuo de la guía Michelin no se atrevería a sacarla de su coche una vez la encontrara dentro de él.

Jess Tunder la miró con atención, desde la puerta, aunque sin avanzar un solo paso. Aquella mujer, desde luego, valía la pena. Tenía unas piernas largas, bien torneadas, enfundadas en medias de primera clase. Los zapatos de piel de cocodrilo que calzaba debían ser incómodos, pero sin duda valían una montaña de dinero. Lo que se adivinaba de su cuerpo mórbido, inquietante, joven, era como para lanzarse al Sena tras ella.

¡Y Jess la tenía allí! ¡Sólo necesitaba sentarse a su lado, arrancar y llevarla donde quisiera!

Claro que Tunder no estaba ahora para esas aventuras. Lo que le interesaba era salir cuanto antes de París. Y no podía desechar la posibilidad de que ella estuviera enterada de su misión. De que fuera una asesina o una espía.

La desconocida musitó:

—¿No damos un paseo?

—¿Adónde?

—Hay miles de sitios en París...

—Me bastan dos o tres.

—Elige...

Jess paseó una lenta y sabia mirada por las curvas potentes de la mujer.

Pero en realidad lo que miraba era si algún relieve del vestido indicaba la presencia de un puñal o un revólver.

—Los hombres que tienen un coche como éste van a cenar por lo menos a un sitio como

Maxim's

—susurró ella.

—¿Y por qué no?

Ella acarició el volante, pasó las yemas de sus dedos por el tablero de instrumentos, por el corto y deportivo cambio de marchas. El lujoso automóvil parecía fascinarla. Jess necesitaba asegurarse. Necesitaba saber si ella era realmente una *cocotte* o algo más.

—Te acompañaré —dijo—. Y a Maxim's.

Se volvió para dar una buena propina a los dos hombres que habían sacado el coche y que le miraban desde la puerta. Jess era así. Quería que los demás le perdonasen por dar tanta envidia.

Apenas se había alejado unos pasos cuando la explosión, horrible, alucinante, le levantó sobre las baldosas.

CAPÍTULO IV

UN SITIO ALEGRE PARA MORIR

Primero, en el proceso de las sensaciones de Jess habían ocurrido dos cosas más, pero casi imperceptibles. Antes de la explosión había oído cómo la muchacha ponía el automóvil en marcha. Sin duda, no pudiendo resistir la tentación de hacerlo. Y segundo, había oído cómo entraba la primera velocidad. Su mano, poco experta, había hecho crujir el cambio.

¡Y de pronto, casi instantáneamente, la explosión se produjo!
¡De pronto el mundo entero pareció saltar por los aires!

Jess tenía en aquel momento la boca abierta, y por eso no le afectó tanto la onda explosiva. Pero fue elevado en el aire, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó a tierra, mientras todos los cristales de los escaparates cercanos saltaban hechos añicos.

El joven quedó durante algunos segundos materialmente aturdido. La tremenda explosión parecía haber nublado su cráneo. Los músculos agarrotados no le obedecían.

Se oyeron gritos.

El joven volvió la cabeza y vio a poca distancia lo que había sido uno de los coches más caros de Europa. La bomba colocada en el motor había hecho saltar el capó delantero, convirtiendo en añicos el parabrisas y proyectando como una lanza la barra del volante. Los dos asientos del coche deportivo estaban retorcidos y desalineados. Del rostro de la muchacha, materialmente destrozada, no quedaba más que una máscara de sangre y unos cuantos cabellos teñidos de rojo.

Jess, a pesar de que había visto muchas cosas en su vida, no

pudo resistir aquello. Tuvo que cerrar los ojos y hundir la cabeza, mientras le dominaba una angustiosa sensación de vértigo.

Cuando pudo ponerse en pie, dos gendarmes corrían hacia él. La gente había formado un círculo, pero a cierta distancia.

Una especie de zarpa cayó sobre él.

—¿Está herido?

Alguien más preguntó:

—¿Quién era el propietario del coche? ¿Ella?

—No. Yo mismo.

—Quédese quieto aquí. Tendrá que acompañarme.

Obedeció. ¿Qué infiernos podía hacer? ¿Cómo escapar de allí? No le quedaba más remedio que someterse a los interrogatorios de los gendarmes.

Pero, sobre todo, era la sensación de vértigo lo que le seguía dominando. Era la sensación de que ya no podría moverse de allí, de que sus enemigos —fuesen quienes fuesen— le habían vencido una vez y le vencerían siempre.

El círculo de curiosos se había ido estrechando, pero ahora había también muchos más policías, salidos de no se sabía dónde. Un silencio casi sobrecogedor reinaba en la avenida, o al menos lo parecía después del estrépito de la explosión. Jess seguía teniendo la sensación de que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

Alguien dijo cerca de él:

—Han sido los de la OAS.

Y otra voz añadió:

—¡Calla! Si aquello ya ha pasado.

Jess Tunder sintió que, de pronto, lo empujaban hacia una furgoneta negra. No hizo resistencia. Instantes después rodaba a gran velocidad por las calles de París, sintiendo sobre su cabeza el aullido gutural de la sirena de la policía, que tantas veces había oído en las películas e incluso en la realidad, pero sin ser él el detenido. Después de un tiempo que le pareció increíblemente largo, se encontró sentado en un pequeño despacho que olía a tabaco irlandés y ante una mesa donde había varias fotos de chicas ligeras de ropa. Un comisario grueso, con bigotes a lo Adolphe Menjou, se apresuró a retirarlas.

Luego comenzó el interrogatorio.

A Jess le hicieron preguntas desde todos los lados, preguntas

relativas a él mismo, a su padre, a su madre y hasta a las primeras chicas que besó. Pero Jess Tunder simuló ser un turista que no sabía nada de nada. Lo ocurrido debía atribuirse a un accidente. Por fuerza debían haberle confundido con otro.

Al fin llegaron hasta el despacho algunos datos relativos a la víctima. El comisario de los bigotes los examinó mientras su rostro se ensombrecía.

No parecía hacerle ninguna gracia que una chica tan estupenda hubiera muerto de una forma tan estúpida.

—Esa muchacha sólo tenía veintitrés años —dijo mirando a Jess—. Tenía la edad justa para que la dejaran entrar acompañada en según qué habitaciones semisecretas de París. Se dedicaba, vamos a decirlo así, a procurar que la vida de los hombres no resultara tan aburrida. ¿Seguro que no la había visto nunca?

Y le puso ante las narices una foto de la muerta. Pero en la foto estaba viva y sonreía, y mostraba ante la cámara la belleza de su cuerpo ceñido sólo por un dos piezas que no cubrían apenas nada. Jess aseguró que no la había visto jamás. Y era cierto.

—Lástima —susurró el comisario—. Le aseguro que Brigitte valía la pena. Pero ya veo por su pasaporte que acaba de llegar de Londres. Sin embargo, ¿cómo habla tan bien el francés?

Jess Tunder no podía decir que era un agente secreto y no podía decir tampoco que un agente de esa clase necesita saber perfectamente al menos dos idiomas. Simplemente, se encogió de hombros.

—Soy un hombre rico y me gusta viajar —murmuró—. He estado docenas de veces en Francia.

—¿Y ese coche? Era francés.

—Lo acababa de comprar. Un amigo mío lo reservaba para mí. Aún no habíamos firmado los documentos de transferencia.

—A ver, la dirección de ese amigo.

Jess la dio. En su interior le inspiraba pena Leclerc. Había pensado divertirse aquella noche y posiblemente la pasaría encerrado en algún despacho de la policía, sufriendo interrogatorios. Pero Leclerc era un hombre entrenado y sabría resolver bien el asunto, sin incurrir en contradicciones.

—Lo que no comprendo es una cosa —musitó Jess.

—¿Qué?

—La bomba debió haber estallado antes, cuando yo puse en marcha el coche. Normalmente, esas cargas explosivas están conectadas al sistema de encendido. No comprendo cómo no salté entonces en pedazos.

—Nuestros técnicos ya han examinado eso. El explosivo era de gran potencia, uno de los viejos plásticos que empleaban los miembros de la OAS y que todavía quedan ocultos en algunos lugares secretos de París. El fulminante iba conectado al cambio de marchas. Simplemente al introducir la primera, ya saltaba todo hecho pedazos.

—Ahora recuerdo que la muchacha lo hizo —dijo Jess pensativamente—. Debía hacerle ilusión rodar unos metros con el coche en marcha. Escuché el ruido del cambio al ser manejado sin mucha pericia. Y en ese momento todo el mundo pareció irse al infierno.

Mientras hablaba, el joven hacía que su cerebro funcionase con una endiablada rapidez.

La bomba no podía haber sido colocada mientras el coche estaba en el escaparate. La debían haber puesto con mucha rapidez mientras trajinaban en el motor y Leclerc y él estaban en la oficina de la tienda. Eso indicaba que el que había hecho aquello era una persona experta.

Los policías aún le estuvieron interrogando durante una hora más. Pero Jess no sabía nada de todo aquello, y eso se notaba en sus respuestas. No tuvieron más remedio, hacia las dos de la madrugada, que dejarle en paz. Ni siquiera se le prohibió que abandonara el país, si esto le venía en gana.

Pero él no pensaba largarse de Francia por el momento. Antes tenía que arreglar en París unas cuantas cosas.

Fue hacia la tienda donde había ocurrido lo del «Aston Martin». En la suave tranquilidad de la noche parisiense, diríase que aquella tragedia no había ocurrido nunca, a no ser por los cristales rotos de los escaparates. Ni el menor rastro quedaba ya del coche destrozado. Los vehículos con los últimos noctámbulos pasaban indiferentes ante el lugar donde unas horas antes una mujer joven y bonita había muerto destrozada.

Jess suponía que un establecimiento de gran lujo como aquél, y donde había piezas valoradas en muchos millones de francos,

tendría un vigilante nocturno. En efecto, no se equivocaba.

El vigilante era un tipo irritable que sólo abrió cuando Jess le hubo enseñado un billete de cien francos a través de los cristales. Su expresión pasó a ser casi beatífica cuando aquel billete, en compañía de otro igual, pasó a sus bolsillos.

—Sólo quiero saber las direcciones de los mecánicos que trabajan aquí en el turno de la tarde —dijo el joven.

—¿Es algo relacionado con la explosión del «Aston Martin»?

—Eso no importa ahora.

Otro billete de a cien pasó a las manos del vigilante. Éste se dulcificó todavía más.

—Se llaman Roger Dubois y Philip Gerblé. Yo los conozco bien, aunque llevan aquí poco tiempo. Son muy amigos y viven juntos en una pensión de la rue L'Herbé.

Creo que se llama pensión Lucille. Es un sitio divertido.

Jess entendió.

Era un buen conocedor de París, y sabía dónde estaba la rue L'Herbé.

Se dirigió a ella en un taxi.

Cerca de lo que había sido el gran mercado de Les Halles^[1], toda la calle, y aun toda la zona, ofrecían una extraordinaria animación. Las gentes alegres de París saben bien que en esta parte suelen encontrarse chicas amables hasta bien entrado el día. Todos los cafés ofrecían un magnífico aspecto de animación. Algunas sonrisas insinuantes florecieron al paso de Jess, cuyos ojos indiferentes miraban a un lado y a otro, con expresión helada.

Encontró la pensión Lucille.

Era, como le había dicho el vigilante, «un sitio animado». Al parecer, cualquiera podía ser allí huésped por sólo unas horas. Numerosas mujeres perfumadas subían y bajaban por unas empinadas escaleras, a cuyo extremo había un mostrador donde una provocativa rubia, que debía ser Lucille, hacía funcionar una radio a toda marcha.

Jess puso sobre aquel mostrador un nuevo billete de cien francos.

Estaba resultando demasiado caro al servicio secreto inglés, pero después de la destrucción del «Aston Martin», ¿qué importaba ya un

poco más?

—Quiero ver a Roger y a Philip. Sé que viven aquí.

—Ya duermen. A ellos les gusta este ambiente, pero tienen que hacer la vida de una persona normal. Se acuestan temprano. ¿Para qué necesita hablar con ellos precisamente ahora?

—Es un asunto muy importante y privado.

—Aquí no entendemos de asuntos privados.

Jess depositó otro billete. Estaba gastando demasiado. Todo aquello ya empezaba a producirle dolor de muelas.

—Está bien —susurró Lucille—. Es la habitación siete. Allí, la última puerta del corredor.

El joven miró instintivamente la casilla de correspondencia perteneciente a aquella habitación.

Había en ella un papel doblado que no podía ser sino la factura. ¡Los dos buitres pensaban largarse dentro de pocas horas! ¡Habían pedido ya que les preparasen la cuenta!

Jess avanzó con todos los nervios en tensión.

No llevaba más armas que su guía encuadernada en rojo, de la que no se separaba nunca.

No llamó a la puerta. La empujó.

Notó un revuelo en la oscuridad que imperaba dentro de la habitación. Se dio cuenta de que los dos tipos le habían estado esperando, y se dio cuenta también de algo más grave: su silueta se recortaba a la luz del pasillo.

Todos sus músculos se pusieron en acción en fracciones de segundo. Su cuerpo pareció empujado por un resorte.

Dos denotaciones rasgaron la oscuridad. Pero fueron dos denotaciones ahogadas, como taponazos, porque aquellos dos buitres disparaban con silenciadores. Las balas se clavaron en las jambas de la puerta junto a la cual había estado él un segundo antes.

El joven se movió entre la oscuridad, saltando hacia el lugar donde vio brillar los fogonazos.

Una luz se encendió.

Los dos hombres se dieron cuenta de que, una vez fallada la primera descarga, la oscuridad ya no les favorecía. El resplandor pareció dejarles ciegos a los tres. Jess vio que uno de sus enemigos, vestido como para salir a la calle, estaba apenas a un paso de

distancia. Podía levantar en poquísimos segundos su pistola de cañón largo, provista de silenciador.

Jess manejó su única arma.

Tenía el dedo índice de la derecha puesto en la página mitad de la guía que sobresalía ligeramente sujetándola con ambas manos. La abrió bruscamente por allí, encarando el libro a la garganta de su enemigo.

Éste no supo reaccionar en el primer instante.

Debió parecerle absurdo el que alguien le atacara con un libro, y no se dio cuenta del peligro que corría.

Bruscamente, la lengua de acero pareció brotar ante sus ojos. Se le clavó hasta el fondo de la garganta.

Su terrible chillido hizo estremecer las paredes, pero Jess no se entretuvo en oírlo. Tenía que parapetarse para esquivar el disparo de su segundo enemigo, que ya le estaba apuntando. No tenía más refugio que el cuerpo del hombre, al que acababa de matar.

Le sujetó con ambas manos, cubriéndose tras él. Dos balas penetraron en el cuerpo del primer enemigo, que aún tuvo un brutal estremecimiento.

Se estaba desangrando. ¡Se estaba desangrando con un libro pegado a la garganta!

Era la muerte más extraña que el otro había visto.

Estaba como hipnotizado, y apenas acertó a disparar de nuevo. Lo hizo demasiado tarde.

Jess había sujetado ya la pistola del enemigo tras el que acababa de parapetarse. Apretó el gatillo una sola vez, y vio estremecerse al otro. Se dio cuenta de que el disparo le había alcanzado en el centro del corazón.

Arrancó el libro de la garganta de su primer enemigo. Estaba rabioso por haber tenido que matarlos, sin posibilidad de que le dijeran una sola palabra. Vio que el libro se estaba manchando de sangre, y eso aumentó su rencor.

Con el volumen entre las manos, fue hacia el lavabo que había en la habitación. Se dio cuenta entonces de que el libro era más ingenioso de lo que él creía. Las páginas no eran de papel, sino de materia plástica. Un solo chorro de agua bastó para que la sangre dejase de impresionar la fatídica página.

Entonces Jess cerró el libro. La hoja de acero volvió a quedar

oculta.

No habían transcurrido ni dos minutos desde que él entró. Nadie había tenido tiempo de reaccionar.

El joven dirigió una última mirada a sus dos enemigos, por si aún podía arrancarles una palabra. Pero inútil pensar en eso. Los dos estaban muertos.

En el pasillo se oía revuelo. Muchas voces se acercaban. La sensación de tumulto aumentaba por segundos.

La puerta estaba abierta. Jess calculó que de un momento a otro alguien iba a entrar allí.

No vio otro escape que la ventana. Dejarse atrapar significaría el fracaso de su misión, puesto que la policía francesa lo encerraría en su mazmorra más honda hasta que aquello se aclarase. ¡Y no se aclararía nunca!

La abrió violentamente y se encontró en un largo y oscuro patio superior hasta el cual parecían llegar todos los olores residuales del ajetreado barrio. Jess no sabía adónde conducía aquello, pero era su única posibilidad.

Pasó bajo una ventana iluminada. Allí detrás parecía haber una pareja que se estaban peleando.

Una voz femenina gritó:

—¡Suelta, bestia!

Varias luces se habían encendido. El ambiente cobraba una brusca y trágica animación.

Jess llegó hasta una barandilla, y vio que esta barandilla daba sobre la calle.

Pero era una calle animada, llena de luz. ¡Nada menos que la mismísima rué des Halles! Había allí docenas de personas que paseaban indiferentes al tumulto. Pero los ojos de Jess se posaron en una sola de esas personas y en el coche que pilotaba.

Un joven melenudo se aprestaba a desatracar de la acera, al volante de su «Lotus» deportivo. Jess comprendió que aquélla era su única oportunidad.

¡Saltó!

El joven melenudo se quedó con la duda de si aquello era una danza que acababa de inventarse. De pronto vio que aquel tipo, con un libro en la mano, penetraba por los aires en su «Lotus». Intentó iniciar un leve gesto de resistencia.

El primer gancho lo envió directamente fuera del automóvil, con melenas y todo. Rodó sobre el asfalto húmedo de la calle, poblado de desperdicios a aquella hora. Un gendarme que se hallaba a unos treinta metros corrió hacia allí, haciendo ondear su capa, y sacó la pistola de reglamento. Pero no tuvo ocasión de usarla.

Hubo de apartarse bruscamente para no ser arrollado por aquel bólido lanzado a todo gas. Con una ronca maldición tiró contra los neumáticos, pero no pudo hacer blanco. El «Lotus» dibujaba eses a una velocidad tremenda, dando bandazos de una acera a otra, mientras algunos transeúntes se arrojaban al suelo para no ser arrollados. Un instante después, Jess estaba fuera de allí.

El gendarme no debía haber visto la matrícula, pero ya la daría el joven melenudo. No le quedaba más remedio que salir cuanto antes de París.

¡Allí estaba como en una ratonera!

Rodó a la máxima velocidad permitida, pero sin exagerar y sin saltarse una sola luz roja, porque no le convenía llevar tras de sí una caravana de gendarmes. Media hora más tarde salía de la ciudad por la autorruta de l'Ouest.

Allí lanzó el automóvil a una velocidad frenética, bordeando los doscientos cincuenta kilómetros por hora.

El «Lotus», un coche eminentemente deportivo, se había convertido en una flecha.

Pero Jess no tenía ningún plan. Por primera vez se había convertido en una especie de prisionero que no sabía adónde ir. Que tenía por cárcel la inmensidad de Francia.

CAPÍTULO V

UN TURISTA LLAMADO CADAVER

Mientras conducía con velocidad suicida, sacando la máxima presión a los ocho potentes cilindros del «Lotus», el cerebro de Jess también trabajaba a presión salvaje.

Todo aquello le producía una sensación de caos.

En primer lugar, el encargo que había recibido no era normal, si bien podía considerarse lógico en el mecanismo de los servicios secretos: silenciar a un ex enlace llamado Yavrenko, al que seguramente podría encontrar en la vieja ciudad rusa de Novgorod, en el corazón de uno de los dos países más poderosos del mundo.

En segundo lugar, estaba lo de su esposa Esther. Ella había visto, había hablado con un hombre igual que él. ¿Quién era aquel hombre? ¿Había existido alguna vez? Al principio, Jess creyó que no, e incluso había llevado a su esposa al médico, retrasando su viaje, por si ella sufría alucinaciones. Pero ahora Jess ya no sabía qué creer.

En tercer lugar, estaba lo de la explosión del coche. Habían pretendido cazarle a él, no cabía duda. Pero ¿quién? ¿Por qué? ¿Qué persona era la que estaba enterada de su siniestro trabajo?

Y ahora huía en dirección desconocida.

En aquel trabajo todas las reglas habituales habían sido vulneradas. Nada de lo que le sucedía a Tunder le había pasado nunca antes, ni conocía a ningún agente secreto que hubiese vivido una experiencia igual. Estaba convertido en un fugitivo en un país civilizado donde sin embargo no podía pedir ayuda a nadie. Le sería imposible pasar la frontera, y mucho menos llegar a Rusia.

¿Qué hacer?

¿Tratar de regresar a París, aprovechando la noche, y presentarse en la Embajada británica?

Sí, ésa sería la mejor solución.

Todo aquello produciría un retraso de unos días, pero de momento no podía hacer otra cosa.

Volvería a París.

Intentó girar, en un lugar donde la carretera se prestaba a ello, y entonces vio un coche que se lanzaba sobre él también a una velocidad suicida.

En el primer instante, en una vacilación que duró sólo unos segundos, Jess pensó que se trataba de alguien que estaba probando un automóvil deportivo.

Luego tuvo la sensación de que iban por él, y se dijo que debía ser la policía.

Pero la policía no tiene coches tan rápidos. Por otra parte, un coche lleno de gendarmes llamados Dupont hubiera lanzado sus clásicos destellos y sonidos guturales de linternas.

Y de pronto un chorro de luz negra pareció entrar en el cerebro de Jess Tunder.

¡Le perseguían! ¡Le perseguían a él! ¡Iban a cazarle!

En el último instante logró enderezar el coche, que estaba medio atravesado en la carretera. Así se encontró en una posición menos vulnerable, aunque tuvo que hundir la cabeza porque supo lo que iba a suceder.

La ráfaga de metralleta pasó justo a unos centímetros de su cráneo, rozándole los cabellos. Todos los cristales del «Lotus» se llenaron de impactos.

El otro coche pasó como una exhalación, aunque intentando frenar. Jess, pese a la oscuridad, pudo darse cuenta de que era un bólido aún más rápido que el suyo. Se trataba de un «Jaguar» deportivo, de dos plazas.

Las dos iban ocupadas.

El joven quedó helado.

Estaba en una carretera donde no podía recibir ninguna ayuda, sin armas y perseguido por un coche más veloz que el suyo, donde además había una metralleta.

Era una situación similar a la del piloto de un viejo avión de

reconocimiento que se ve atacado por un caza en un cielo donde no hay ni una nube para ocultarse.

El «Jaguar» daba la vuelta.

Pensaba sin duda que el «Lotus» de Jess iba a regresar a París. Trataba de cazarle antes de que lo lograra.

A aquella hora de la madrugada la carretera estaba desierta. Jess no podía contar con ninguna clase de ayuda. Iba a ser un duelo fatal en el vacío, iba a ser una carrera loca que sólo podía llevarle al diablo ahora que estaba medio cruzado en la carretera.

Aceleró.

Su «Lotus» emitió un rugido y sus ocho cilindros estuvieron a punto de estallar en el esfuerzo terrible a que fueron sometidos. Jess intentó cazar al «Jaguar» de refilón, en el morro, para volcarlo, mientras él conseguía enderezar el suyo.

Resultaba una maniobra suicida, ya que a aquella velocidad lo más fácil era que los dos coches estallaran y se convirtieran en pavesas llameantes. Pero no veía ninguna otra posibilidad.

Aceleró aún más en los últimos segundos.

Pero el hombre del «Jaguar» no era un novato. Si no había participado en carreras profesionales, le faltaba poco. Adivinó la intención de su adversario y pudo meter la marcha atrás en el último instante. Retrocedió cuando ya el «Lotus» estaba encima.

Jess se dio cuenta de que iba a fallar.

No pudo evitarlo. Iba ya lanzado y no podía modificar la dirección en centésimas de segundo. Pasó rugiendo junto al «Jaguar», sin tocarlo, y se dio cuenta de que iba a salirse de la carretera.

A ciento setenta por hora, se convertiría en pavesas apenas las ruedas dejaran de tocar la pista.

Dio un golpe al volante, apretó el gas a fondo aún, y el coche pareció volcarse materialmente sobre las dos ruedas de la derecha, marginando la curva. Pero inmediatamente ya se iba, casi volando, al otro lado de la carretera. ¡Jess se dio cuenta de que no podía dominarlo!

Ahora ya sólo funcionaban sus reflejos. Su cerebro era incapaz de captar todas las mil facetas cambiantes de aquella situación.

Dio gas de nuevo y giró en el mismo sentido que ya llevaba el coche. Otra vez las ruedas patinaron sobre el mismo margen de la

curva, pero ahora la del lado opuesto. El «Lotus» dio dos vueltas completas, con un chirrido espantoso de llantas.

Era, o debía ser, una escena parecida a las que Tunder había visto años antes en películas de risa. Coches que patinaban, que daban vueltas, que casi se volvían techo abajo... Pero con la diferencia que ahora un espeso sabor a sangre había subido hasta la garganta del joven.

Éste se encontró de pronto parado en la mitad de la carretera. Otro coche habría dado diez vueltas de campana, pero el maravilloso equilibrio de aquel super-*sport* había conseguido lo que con otro coche hubiera sido imposible.

También debía tener el motor trucado, a juzgar por como corría.

Pero ahora Jess no sabía en qué dirección estaba.

¿Tenía la proa enfilada hacia París? ¿O al contrario?

De pronto vio al «Jaguar».

Lo vio por el espejo retrovisor, o sea que le veía por la espalda. No iba a chocar con él, sino a pasarle por el lado izquierdo. ¡Y a regalarle, al pasar, una buena ráfaga de ametralladora!

Jess comprendió que su coche estaba encarado en dirección opuesta a París. De todos modos, lo mismo daba. Lo único que podía hacer era huir, sin importarle la dirección en que rodase.

El coche no se había calado, puesto que Jess apretaba el embrague de una manera maquinal. Metió segunda y salió disparado materialmente, mientras el «Jaguar» ganaba distancia a velocidad increíble.

En cuestión de segundos le alcanzaría. Y a aquella distancia, cuando le cruzase, la ráfaga de metrallera sería mortal.

Jess sólo podía hacer una cosa. ¡Correr más!

Aceleró salvajemente y cambió velocidad. El coche rugía ahora como una bestia herida.

La carretera dibujaba ahora una fantástica recta. Podía sacar allí la máxima velocidad a su bólido. Doscientos treinta y siete, doscientos cincuenta... ¡Un auténtico vértigo! Jess ni siquiera veía la línea del asfalto que parecía quemar bajo sus pies. Pero se dio cuenta de que, aún así, el «Jaguar» ganaba terreno.

Lenta, insensiblemente, se iba aproximando a él. A aquella velocidad suicida, una ventaja de unos metros suponía recorrer diez kilómetros de carretera. No resultó nada extraño, pues, que Jess

viese de pronto ante él unas luces rojas.

¡Un paso a nivel!

Sin darse cuenta debía haber enfilado una carretera secundaria, porque las principales no tenían pasos de aquella clase. Pero fuese como fuese, estaba allí. Necesitaba detenerse o...

Entrecerró los ojos.

¿Detenerse? ¿Cómo? ¿De qué modo iba a frenar su coche a aquella velocidad, a pesar de que las cuatro ruedas tuvieran frenos de disco?

Y si se detenía, ¿qué iba a pasar?

La ráfaga de metrallata le desharía. Necesitaba saltar aquella valla o estaba perdido.

En lugar de frenar, aceleró.

El tremendo choque dobló el capó del «Lotus» como si fuese de papel y astilló lo que quedaba del parabrisas. Eso era lo peor. A partir de aquel momento, Jess sabía que no iba a poder correr. Estaba perdido.

Pero no era eso solo. Acababa de quedar detenido, con las ruedas delanteras empotradas en los raíles... ¡y un tren aullaba a gran velocidad, acercándose apenas a medio kilómetro de distancia!

Jess comprendió que el «Lotus» iba a quedar materialmente deshecho, y con el automóvil quedaría deshecho él mismo. Tenía que salir de allí como fuese.

Metió la marcha atrás, dio gas y consiguió salir de la vía.

Mientras tanto el tren ya estaba llegando a su altura, y por su espalda el «Jaguar» se detenía a unos quince metros. El hombre de la metrallata le apuntaba ya.

Jess giró.

Junto a la vía del tren había un estrecho camino de tierra, materialmente pegado a ella. Aquel camino llevaba a una casita de guardagujas a unos dos kilómetros.

El joven no podía elegir. Dio gas y empezó a hacer brincar el coche por aquel estrecho e irregular camino. La casita del guardagujas se acercaba a vertiginosa velocidad. Se dio cuenta de que iba con la misma rapidez que el tren, a unos ciento diez por hora.

El automóvil y el expreso parecían juntarse. Jess se dio cuenta de que el «Jaguar» le seguía.

Estaban decididos a eliminarle. No se detenían ante nada.

Seguramente habían llegado a la pensión mientras él saltaba a la calle. Por esto habían visto su coche y le seguían desde entonces.

Y entonces Jess tuvo una idea salvaje, una idea que le hizo estremecer.

Sin pensarlo dos veces, la puso en práctica.

Puso punto muerto, de modo que el coche siguiera por inercia a la misma velocidad durante algunos segundos. Dejó el volante y se puso en pie sobre el asiento.

El de la metralleta le vio. Comprendió la maniobra.

¡Y le envió una ráfaga!

Jess Tunder sintió que las balas volvían a rozar su cabeza. Comprendió que no podía perder un segundo.

Llevaba el libro en la mano derecha, después de recuperarlo del asiento delantero.

Tomó impulso, y, llevando por delante la mano izquierda..., ¡saltó!

Sintió un choque vivísimo en la cara.

Acababa de dar de bruces contra una de las puertas. Su mano izquierda se asió febrilmente al tirador. Los dedos le fallaron y durante algunos segundos pensó que iba a caer.

La ráfaga de metralleta le siguió hasta en aquel terrible momento. Las balas picotearon la plancha del tren.

El «Lotus», carente de dirección, se desvió antes de llegar a la caseta, sin perder apenas nada de su fantástica velocidad. Dio una vuelta completa de campana y pareció estallar en el aire, mientras se formaba en la noche como una bola de fuego.

Jess torció los dedos con toda su fuerza. Sus dientes rechinaron. Cuanto más crítica era su situación, porque iba a caer, el convoy tomó una curva en sentido opuesto y la fuerza centrífuga le hizo ir de nuevo de bruces contra la puerta.

Respiró ansiosamente, sintiendo que un calambre recorría sus piernas.

Estaba salvado, pero jamás había llegado tan al borde del agotamiento nervioso. Sus músculos fallaban. Incluso tenía la sensación de que sus ojos veían de una manera imprecisa todos los objetos.

Durante algunos segundos respiró afanosamente, mientras el

convoy ganaba velocidad.

Nadie parecía haber notado el ataque, o como máximo lo habrían tomado por un accidente más del tráfico.

Jess puso el libro entre sus piernas y tuvo así las dos manos libres. Con ellas forcejeó en el tirador de la puerta.

Le costó mucho abrirla, pero al fin lo consiguió. Cerró a su espalda. Se dio cuenta de que respiraba afanosamente. Parecía faltarle el aire, ahora que había pasado todo.

No se veía a nadie.

Avanzó por un pasillo de pequeñas y silenciosas puertas donde todo era quietud.

Jess se dio cuenta de que estaba en un coche cama. No podía seguir allí mucho tiempo, so pena de ser descubierto por algún empleado.

¿Y si se encerraba en un lavabo? No; eso sería sólo una solución provisional. Necesitaba un sitio donde pasar sin peligro lo que quedaba de noche.

Empujó una de las puertas. Quizá algunos de aquellos departamentos estaría sin ocupar.

Y entonces escuchó un gemido.

CAPÍTULO VI

¡CUENTA HASTA DIEZ Y MATA!

No había sido el gemido de una mujer, sino el de un niño. Pero Jess Tunder no se fijó para nada en que el niño estuviera allí. Se fijó sólo en la mujer. ¡Y de qué modo!

Verdaderamente, Jess Tunder no estaba para señoras después de lo que había ocurrido. Pero ésta era excepcional.

Era distinta.

Era... ¡como para hacer lo que había hecho Jess! ¡Como para tomar el tren cuando éste iba a ciento diez por hora!

Ella musitó:

—¿Quién es usted?

Pero no se bajó la falda.

Estaba sentada en la cama plegable del departamento, quitándose las medias. Y quedó quieta así, con una media en una mano y la otra seductoramente pegada al muslo, sin asustarse, sin parpadear siquiera, mirando a Jess Tunder con una fijeza que obsesionaba.

En efecto, no había miedo en aquella mirada. Pero tal vez había desolación. O pena.

Jess no contestó.

Su mirada fue de las seductoras piernas de la mujer a la cabecera de la cama donde ésta se encontraba sentada. Y entonces vio al niño allí. Lo vio detalladamente. Debía tener unos dos años y clavaba en él unos ojos muy abiertos donde se leía el miedo.

¿Miedo por qué?

Jess se contempló a sí mismo, en el extraño y casi irreal silencio

que flotaba en el departamento del coche cama. No debía tener mal aspecto, a pesar de todo lo ocurrido. Hasta quizá parecía un caballero. Pero ¿por qué la mujer no gritaba? ¿Por qué le seguía mirando con aquella expresión desolada?

Ella musitó:

—Iré, pero al menos no haga daño al niño. El se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Hacerle daño? ¿Por qué?

—Otras veces se lo han hecho. Es el arma que emplean.

—¿De verdad?

—Usted debe saberlo, ¿no? Lo sabe tan bien como yo, pero es inútil chillar. Llevo dos semanas huyendo y ya confiaba en escapar. Pero, sin embargo, sabía que esto llegaría.

Jess entrecerró un momento los ojos.

No entendía nada.

¡Dios santo! Nada...

Llevaba sin entender una palabra desde que su esposa, Esther, le dijo que él había estado en el piso de Pall Mall, hablando con ella, cuando Jess sabía que no podía ser así.

Cerró un momento los ojos.

¿Llevaba una doble vida sin saberlo? ¿O tal vez se estaba volviendo loco?

Había oído hablar de cosas peores. De hombres que cometían actos inexplicables de los que luego no recordaban una sola idea, una sola palabra.

Algunos agentes del Servicio Secreto, después de años de tensión, se volvían locos como quizá se estaba volviendo él.

No podían aguantarlo.

Reventaban.

Cuando abrió los ojos de nuevo, vio que la mujer estaba haciendo algo muy extraño: se ponía la media que acababa de quitarse. Y el espectáculo era tan fascinante que Jess sintió como un chasquido entre los párpados.

Ella musitó:

—Me estoy arreglando para ir. No protestaré, se lo juro. Haré lo que sea, pero prométame que no tocarán al niño.

Y se puso en pie, después de haber terminado su deliciosa labor. Era alta, opulenta. Era una hembra tan deliciosa como la propia

Esther, pero que quizá resultaba más atractiva o más excitante aún a causa de aquella mirada patética que tenía como clavada en los ojos.

—¿Es su hijo? —murmuró Jess.

Ella lanzó una risita dolorosa.

—¿Acaso no lo sabe? —musitó—. ¿Me han perseguido durante semanas para preguntarme eso? ¿Por qué se burla?

Jess llegó a la conclusión de que aquella mujer ya estaba más allá de la desesperación. Que había llegado a ese grado en que el dolor espiritual es tan fuerte que ya ni siquiera se siente. Un paso más allá, sólo un paso más allá, estaba ya la locura.

Ella avanzó un paso.

—Abra la puerta. Vamos.

—Espere.

—Esperar ¿qué?

—Aquí hay una confusión.

—Por favor, no se burle de mí. Ése es un método que aún no habían empleado, después de emplearlos todos.

—No sé de qué me habla.

La mirada patética y desesperada de la mujer fue sustituida poco a poco por una mirada de recelo —porque estaba segura de que aquello era una táctica—, pero al mismo tiempo una mirada donde brillaba una chispita leve, muy leve, de esperanza.

—¿Me va a hacer creer que está aquí por casualidad? —musitó.

—Podía haber entrado en este departamento o en otro cualquiera. Huyó de alguien.

—¿A usted no le envía Michel?

—No sé quién es Michel.

—Por Dios, no emplee esa táctica. No hace falta, se lo juro. Ya le he dicho que estoy dispuesta a pactar. Haré lo que sea, lo que Michel me pida. Sólo quiero que no maltraten más al niño.

Jess tragó saliva.

La mirada de la mujer volvía a ser patética.

—¿Quién es Michel? —susurró Jess.

—Mi marido.

Jess volvió a tragar saliva otra vez.

—Mal asunto —dijo—. ¿Por qué huye?

—Michel es una bestia. No sé si está loco o qué. Durante varios

años ha vivido de mí.

—¿De qué modo?

—¿No lo adivina? ¿Tan fea soy?

No había ninguna coquetería en la voz de la mujer, sino sólo una certidumbre dolorosa.

Jess susurró:

—¿La obligaba a entregarse a otros hombres y él cobraba?

—Sí. Y cobraba mucho.

—A ninguna mujer la obligan a eso si ella no quiere.

—Usted piensa como todos. Que soy una sucia fulana, ¿no?

—Sólo digo que a una mujer no la obligan si ella no quiere.

Además, Francia es un país civilizado. Hay policías hasta en los urinarios.

—También hay hombres que maltratan a un pobre niño de un año. Hace dos años Michel, para obligarme, dio tal paliza a Henry que le rompió una pierna.

Jess echó la cabeza para atrás.

Había recibido un impacto brutal, doloroso.

¿Explicaba eso la mirada patética del niño al ver un desconocido? ¿Lo explicaba todo?

Masculló:

—¿Eso hizo? ¿Y además tiene gente que le ayuda? Nadie tiene gente a sueldo para obligar a su mujer a meterse en la cama.

—No... Para eso le bastaba con golpear al niño. Yo hacía lo que él quisiera para que no cumpliera su amenaza de matarlo. Pero empezó a tener ayudantes y a gastar dinero en grande cuando ocurrió lo de las drogas.

—¿Las drogas?

—Dios mío, no sé si emplea usted una táctica o dice la verdad. Quizá es usted un rufián más listo que los otros, pero prefiero confiar por una vez. En lo de las drogas me ensucié hasta el cuello como me había ensuciado en lo otro. Con la diferencia de que antes no hacía daño a nadie y ahora podía causar miles de víctimas. Yo recibía la droga de Argel, la transportaba y la repartía. Michel cobraba. Hasta que no pude más y un cargamento de medio millón de francos lo arrojé al Sena.

Jess sintió frío en la nuca.

Se hacía perfecto cargo de la tragedia de la mujer.

Pero no contestó.

Sus facciones parecían talladas en piedra.

Y su mirada iba resultando distinta, muy distinta.

Tanto que ella se asustó.

Los labios de la mujer preguntaron con un soplo de voz:

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué?

—Tienes ojos de asesino...

Eso no se lo habían dicho nunca a Jess.

El podía ser un asesino a sueldo. En realidad cobraba por espiar, y si hacía falta cobraba por matar. Pero no tenía ojos de asesino. No, eso no se lo habían dicho nunca... Susurró:

—No hagas caso de mis ojos. Continúa.

—¿Qué puedo decirte? A partir de aquel momento supe que estaba condenada a muerte. A Michel le habían exigido que pagara el medio millón o entregara mi cadáver. Desde entonces he huido. He estado en casa de lejanos parientes, de amigos, de simples conocidos, siempre viajando, siempre huyendo... Lo peor era que no podía moverme de Francia porque él tenía mi pasaporte. Sabía de todos modos que esto ocurriría, que tenía que llegar... Pero dile a Michel que haré lo que sea. Que me someteré a todos sus caprichos, a todas sus órdenes con tal de que no hagan daño a Henry. Una mujer como yo puede ganar mucho dinero en unos años. Tal vez medio millón de francos.

Él tenía la boca seca.

Barbotó:

—¡Calla!

—Por favor, cuando estemos ante él díselo. Yo no sé si tendré fuerzas.

—¿Aún piensa que soy uno de sus hombres?

—No puedes ser otra cosa...

Jess susurró:

—Bajemos.

Estaban llegando a una estación. No sabía cuál era, pero si el expreso había salido de París, una de las estaciones posibles era Orleans. En efecto, vio unos azulejos en la estación que decían: *Visitez Orleans, la ville de Jeanne d'Arc...*

—Bajemos —repitió—. Aún tengo algo de dinero y a ti y al pequeño puedo llevaros a cualquier otro sitio.

Una esperanza febril brillaba en los ojos de la mujer.

Tomó al pequeño, envolviéndolo en sus ropas. No se preocupó ni de su maleta. Siguió a Jess para descender los tres.

La estación estaba oscura, casi vacía.

No se distinguía a nadie que los siguiera.

Una quietud provinciana, gris, flotaba en el ambiente.

Salieron de la estación y anduvieron por las calles silenciosas. Había taxis, pero Jess no tomó ninguno porque sabía por experiencia que a través de los taxis de las estaciones se puede seguir muy bien la pista de un fugitivo. Y más de un fugitivo que va acompañado de una mujer y un niño. Prefirió tomar un taxi en otro lugar.

Ella bisbiseó:

—¿Por qué me ayudas?

—No lo sé.

—¿Sabes que te expones a que te maten también?

—Es posible que traten de hacerlo. Pero no me importa.

—Sigues teniendo una mirada extraña. Una mirada de asesino...

—Nunca la he tenido.

Y Jess estaba seguro de que decía la verdad.

Pero ¿por qué ella se lo recordaba? ¿Por qué había hablado de eso ya dos veces?

Había algo en la mente de Jess, algo en que él no quería pensar y que ella notaba...

Se encontraron en el amplio aparcamiento que hay detrás de la catedral. Ésta destacaba como una mancha blanca en la penumbra. Había sido, como tantas otras, una hermosa catedral negra, bañada por la humedad del Loira y por la pátina de los siglos, pero ahora, al igual que con Notre Dame, habían hecho el crimen de limpiarla. Parecía una catedral acabada de construir, una catedral provisional, erigida para dar realce a una exposición o una feria.

Jess musitó:

—Aún no sé ni tu nombre.

—Me llamo Raquel.

—Bonito. Todo en ti lo es.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Trato de robar un coche.

—¿Quéeee...?

—Lo he hecho otras veces. No hay cacharro que se me resista, pero tengo especialidad con los deportivos y con los «DS 21». Mira, allí hay uno. —Oye, tú eres un profesional.

—Tal vez lo sea. Hazte a un lado. Déjame maniobrar.

Jess se acercó al hermoso «Citroën» y fue a palpar la cerradura.

Pero ya no pudo.

Raquel exhaló apenas un gritito.

Y el cañón de la pistola se clavó en la nuca de Jess.

Éste apretó los labios.

Empezó a contar maquinalmente hasta diez.

Lo había hecho otras veces.

Contar hasta diez para que su enemigo cobrara un poco de confianza.

Contar hasta diez... ¡y matar!

La voz metálica susurró a su espalda:

—Tratabas de llevarte a la mujer, ¿eh? ¿Qué piensas? ¿Qué somos idiotas? Jess no contestó.

La voz dijo:

—Apoya las manos en el automóvil. Separa las piernas. Y cuidado con las bromas mientras te cacheo.

Ocho... Nueve... ¡Diez!

Los brazos de Jess se separaron como si los hubiera movido un resorte. Fue salvaje, brutal.

Estaba acostumbrado a aquello, y además su enemigo era un novato. Un sucio explotador de mujeres o un sucio traficante de drogas. Lo mismo daba. En todo caso era un puerco al que las armas quemaban en las manos y no sabía ni sostenerlas.

El gancho en la nuca le hizo vacilar. Y el impacto al cuello le dejó K. O.

Raquel ahogó un chillido.

Jess no se inmutó siquiera.

Obró sin ningún escrúpulo.

Como un asesino.

No sabía por qué, pero lo hizo.

Rasgó un pedazo de la última hoja del libro y lo introdujo en la boca del hombre que estaba sin sentido, caído en el suelo. Raquel

musitó:

—¿Qué haces?

—No preguntes nada. Reza por su alma.

—No te entiendo...

—Ese papel es en realidad un veneno. Cuando recobre el sentido, ya lo habrá tenido demasiado tiempo en la boca. Su saliva estará como empapurrada de muerte. Será demasiado tarde para él.

—Pero..., ¿por qué lo matas?

Jess no hubiera sabido contestar a esa pregunta.

¿Por qué lo mataba?

Parecía como si aquello no lo hiciera él mismo.

Como si otro pensara por él...

—Ya he dicho que tenías ojos de asesino —balbució Raquel.

—Cállate. Vamos.

Avanzaron entre los coches.

No le convenía seguir allí.

Tenía que encontrar otro bólido que conviniera a sus propósitos.

Y lo encontró.

Era un magnífico «Maseratti».

Tan ideal, tan perfecto, que le esperaba con las puertas abiertas.

Y con un tipo sentado en el diván posterior.

Un tipo que le apuntaba con una metralleta al centro de la cabeza.

CAPÍTULO VII

OJOS DE ASESINO

Había otro hombre al volante, un hombre joven y con una leve barbita recortada. Jess no supo bien por qué, pero intuyó que el tipo era todo un personaje. No se sorprendió en absoluto cuando la voz de Raquel dijo con una especie de gemido desgarrado:

—Michel...

Michel dejó el volante.

Se acercó a la mujer.

En el silencio del aparcamiento, las dos bofetadas resonaron salvajes bajo la luna.

Raquel ya no gimió.

Pero tenía la boca empapada en sangre.

El tipo de la metralleta susurró:

—Buenas noches, hermano. Se te saluda. Suelta el libro.

Jess alzó las manos en silencio para dejar sobre el techo del «Maseratti» el fatídico volumen.

El de la metralleta era más experto que el otro.

Le cacheó bien y se convenció de que no llevaba armas. Luego le empujó con el cañón hacia el interior.

—Entra.

Jess obedeció mientras musitaba:

—Dame mi libro.

—¿Para qué lo quieres?

—Llevo direcciones en él.

El otro lo tomó sin dejar de apuntarle y lo hojeó con una mano. Se convenció enseguida de que no era un estuche para guardar

armas. Lo devolvió a Jess.

—Toma. ¡Para lo que te va a servir...!

Jess dobló disimuladamente la segunda página.

Y dejó el libro entre los dos, muy cerca del gatillo de la metralleta que le apuntaba al corazón.

Ignoraba lo que tardaría en producirse el desastre. Pero ¿qué importaba? ¡Al diablo todos! ¡Al diablo!

El niño lloraba desesperadamente. Michel lo hizo callar de un brutal zarpazo y luego volvió a golpear salvajemente la boca de la mujer. Ella protegía al niño como podía, manchándolo con su propia sangre. Fue empujada hacia el asiento delantero derecho, mientras Michel ocupaba el izquierdo, frente al volante.

Conducía muy bien. Desatracó el «Maseratti» en cuestión de segundos, saliendo del aparcamiento y bordeando la catedral a gran velocidad.

Jess no despegaba los labios.

Tenía el cerebro en blanco.

No sabía por qué (y hasta se extrañaba de sí mismo), pero se sentía feliz al pensar que allí iba a haber muerte por todo lo alto.

Ojos de asesino.

¿Eran los suyos quizá? ¿O tal vez los de otro hombre?

Un único pensamiento le dominaba. Salvar a la mujer y al chico. En el momento en que se produjera la explosión, trataría de lograrlo empujando con los pies el asiento que ellos ocupaban.

Pasaron a gran velocidad por delante de la vieja casa estilo normando donde se dice que residió Juana de Arco.

Jess supo adónde iban.

Al Loira.

Allí hay docenas de sitios apartados.

Aquélos querían ejecutarlos a todos. Quizá al niño también.

Bordearon el río, alejándose de la ciudad, y de pronto el bólido descendió por un talud. Con los faros apagados no se veía nada. Sólo una ancha cinta de plata que eran las aguas tumultuosas del Loira.

—Abajo.

Descendieron todos, menos el tipo de la metralleta, que seguía apuntándoles desde el interior. Michel se situó frente a la mujer, el niño y Jess, que estaban de espaldas al agua. En su derecha brillaba

quietamente el cañón de una «Browning».

Aquello era una ejecución.

Jess tenía los labios prietos.

No sentía miedo.

Ni siquiera asco.

Sólo deseos de matar... Unos deseos que parecían llegar desde muy lejos, desde el fondo más remoto de sí mismo.

Le pareció como si la voz de Raquel sonara en otro planeta:

—Por Dios, no hagas nada al niño.

—¿No? ¿Y para qué lo quiero? ¿Pretendes que lo deje vivo?

—¡Es tu hijo!

—Je, je... Cualquiera sabe si lo es...

La frase cínica, desvergonzada y brutal no consiguió que se movieran ni medio milímetro los labios de Jess.

Pero el gemido de Raquel llegó hasta sus entrañas:

—¡¡Es tu hijo!!...

—Mejor. Así tendré algo de qué arrepentirme. ¡Mi vida ha sido tan ejemplar! —dijo cínicamente Michel—. Tanto que tu muerte ha de ser ejemplar también. Mataré a Henry.

Quiero que lo veas muerto antes de que te despache a ti.

Y movió un poco la pistola.

Apuntaba a Henry directamente.

Raquel no tenía fuerzas ni para chillar.

Lanzó efectivamente una especie de gruñido. Fue de verdad un gruñido de loba.

Trató desesperadamente de proteger al pequeño con su cuerpo.

Jess ya contaba.

¡Diez!

Fue a actuar.

Pero no tuvo tiempo, porque en ese momento ocurrió algo. Fue una cosa tan repentina, tan brutal, que no pudo seguirla con la vista. De repente, el «Maseratti» se convirtió en una bola de fuego. La explosión les había ensordecido a todos. Del tipo de la metrallera no debían quedar más que unas pequeñas tiras para adornar una lámpara.

Jess pensó en el que había construido el libro.

«Buen trabajo...».

Y aprovechó la ocasión, porque ya no iba a tener otra. Michel se

había vuelto, asombrado, al oír la explosión a su espalda. Jess saltó sobre él como una bestia salvaje.

Sus dedos se cerraron sobre la garganta del enemigo. Michel cayó a tierra.

Había soltado la «Browning».

Su boca se llenó de espuma casi instantáneamente.

Jess apretaba como un verdugo profesional. Su boca se había plegado en una mueca asesina. No sabía lo que le pasaba.

Oyó perfectamente a su espalda la voz de Raquel:

—¡No le mates! ¡Es el padre de Henry! ¡Yo le quiero aún! ¡No lo hagas!...

Jess siguió apretando.

—¡Por Dios, nooooo...!

La súplica de Raquel no sirvió de nada.

Jess se alzó poco a poco.

Seguía sin saber lo que le ocurría, pero hubiera jurado que no era desgraciado. No, eso no.

Y resultaba extraño, porque él no era de los que matan por matar.

Pero ahora todo le parecía distinto.

—Vamos —dijo maquinalmente.

Raquel le siguió. Estaba como aniquilada. Seguramente no pensaba en nada. Sólo sus músculos se movían, mientras su mente debía ser apenas como una laguna en blanco.

Avanzaron a buen paso por la margen del Loira, buscando otro talud que les devolviera a la superficie de la calle. La explosión había conmocionado toda aquella parte de la ciudad, y se oía a lo lejos el sonido lastimero del coche de la policía.

Jess musitó:

—¡Aprisa! ¡Aprisa!...

Otro talud les devolvió a la superficie de los muelles junto al Loira. Un coche se detuvo junto a ellos.

Un hombre de ojos saltones descendió. Jess sólo se fijó en el automóvil. Era de los que a él le gustaban. Un «DS 21».

El tipo no desconfió de un hombre que iba junto a una mujer y un niño. ¿Cómo iba a desconfiar?

Cuando entró en la región de los sueños, tampoco desconfiaba.

Había preguntado:

—Oiga, amigo, ¿no ha oído una explosión por aquí? ¿Qué ocurre?

Y Jess había contestado:

—Narices.

Pero no fue en la nariz donde le pegó.

Le atizó un gancho demoledor en la mandíbula.

El tipejo de los ojos saltones sintió que le saltaban unas cuantas cosas más. Cayó fláccidamente junto a las ruedas.

Jess musitó:

—Este coche nos llevará lejos. Hala, arreando. Quiero llegar por lo menos a Brive esta misma noche. Este tipo dormirá unos diez minutos. Nos interesa estar lejos cuando despierte.

Puso primera y se alejó a gran velocidad.

Dejó atrás Orleans. Pareció dirigirse al castillo de Chambord y luego dobló hacia la Nacional 20.

Frente a un restaurante discreto de los que abundan en Francia al borde de la carretera, había aún estacionados unos cuantos coches de gente que no se decidía a irse a la cama. Jess se detuvo en silencio junto a un «Ford Capri», último modelo de los fabricados en Francia, que tenía las llaves de contacto puestas. Dejó el «DS 21», lo que no era un mal cambio, e hizo una seña a la mujer para que se trasladaran al «Ford».

Ella seguía obedeciendo maquinalmente.

Parecía abrumada, absorta.

No dijo una palabra hasta que llegaron a Brive. La ciudad dormía pacíficamente un sueño de siglos. Eran las tantas de la madrugada. Por las calles no se veía a nadie. Los cafés estaban cerrados y los últimos noctámbulos dormían bajo las estrellas.

El pequeño Henry se había dormido también.

Tenía, quizá por primera vez en su vida, una expresión dulce y confiada.

No se daba cuenta de que estaba junto al hombre que acababa de matar a su propio padre.

En cambio Raquel sí que se daba cuenta. Había tenido durante todo el viaje una expresión reconcentrada y hosca. Miraba a Jess Tunder como si éste no fuese más que un sucio asesino. ¿Y realmente no lo era?

—Necesitas dormir —fue todo lo que dijo Jess.

—¿Dónde?

—Conozco un hotel aquí cerca. Es el hotel Bordeaux, de tres estrellas. Muy antiguo, como casi todos los franceses, pero bastante confortable. Está cerca de Correos.

Jess dejó el «Ford Capri» algo distanciado de allí, en el paseo, confundido entre otros muchos, y ambos fueron a pie hasta el hotel, con el niño en brazos. Había momentos en que a Jess la situación le parecía cómica. ¿Qué hacía él allí, llevando a un chiquillo dormido? ¿Qué hacía, después de matar a tantos hombres?

Alquilaron una habitación doble, como si fueran un matrimonio. Jess no quería separarse de la mujer, para que ésta no cometiera una locura. Cuando estuvieron solos y hubieron acostado al niño, él cayó derrumbado sobre una de las camas.

Se sentía destrozado.

Y no era una cosa física.

Era algo más hondo.

Era algo que no sabía explicar, y que estaba como clavado en sus mismas entrañas.

Cerró los ojos.

Y fue al cerrar los ojos cuando empezó todo.

Era algo que no hubiera podido explicar, era algo que parecía llegar desde las profundidades del otro mundo.

CAPÍTULO VIII

UNAS MANOS EN LA NIEBLA

—¡Jess! ¡Jess! ¡Despierta!

La voz parecía llegar de muy lejos. Parecía atravesar densas capas de niebla para llegar a él. Era como una voz remota que formaba parte de sus mismos pensamientos.

—Despierta...

Jess abrió los ojos.

¿Cuánto había dormido? ¿Diez minutos? ¿Un día entero? Lo cierto era que por los postigos entreabiertos se insinuaban las primeras luces del amanecer. El tráfico rodado era muy escaso, pero por la calle sonaba el roncar de los primeros motores.

La mujer estaba sentada en la otra cama.

Parecía muy pálida.

Sus manos seguían como aferradas a la camisa de Jess Tunder cuando éste se incorporó poco a poco.

—¿Qué pasa? —musitó.

—Has dormido.

—Estaba reventado —dijo Jess—. Demasiadas cosas en una maldita noche. ¿Qué hora es?

—Las seis.

—¿Y el niño?

—Descansa bien.

El diálogo era rutinario.

Pero los dos se daban cuenta de que no decían la verdad. De que esquivaban algo.

Sobre todo, lo esquivaba ella.

Jess tenía la sensación de algo irreal.

Le parecía haberse levantado antes. Haber caminado. Haber salido del hotel. Haberse movido entre la niebla.

¿Niebla?

Sí, la había en la mañana aún turbia. A través de la ventana se veía la neblina que llegaba de los prados silenciosos.

La voz lejana de Raquel musitó:

—Hablabas en voz alta.

—¿Sí?

—¿Tú te llamas Jess?

—¿Y por qué no?

—Mientras hablabas pronunciabas otro nombre.

Jess se estremeció.

No supo bien por qué, pero se estremeció.

—¿Qué nombre? —balbució.

—Villard.

Jess intentó sonreír.

Pero su sonrisa fue helada.

—No conozco a ningún Villard —susurró—. ¿Qué he dicho?

—Sólo esto: «Me llamo Villard... Me llamo Villard». Lo has repetido varias veces.

—Tonterías. Nunca he oído ese nombre.

Ella señaló su anillo.

—¿Casado?

—Sí.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Esther.

—No era ése el nombre que pronunciabas.

Jess parpadeó.

—¿He pronunciado el nombre de alguna mujer?

—Sí. El de Marta.

—Marta... Jamás he conocido a una chica que se llamara así.

—Eso es casi imposible. Es un nombre muy corriente.

—Jamás he conocido a una chica que se llamara así —insistió Jess Tunder—. ¿Por qué había de conocerla?

—¿Y por qué has matado a Michel?

Él se pasó una mano por la frente.

—Tenía que hacerlo, ¿no?

—He tenido una sensación muy extraña —balbució Raquel—. La sensación de que no lo hacías tú.

—¿Quién entonces?

—Otro hombre.

Jess se acercó a la ventana.

La niebla...

¿Por qué tenía la sensación de haber andado por ella? ¿Por qué la sensación de no haber estado en el hotel todo el tiempo?

—Has dicho otra cosa muy extraña —murmuró ella a su espalda.

—¿Cuál?

—Después de decir esa cosa, te he despertado. De lo contrario no me hubiera atrevido.

—Pero ¿qué he dicho?

—Que llegaba el juicio final.

Jess se estremeció.

Tenía la boca espantosamente seca.

Y sentía los pies muy cansados, como si hubiera llegado desde muy lejos a través de la noche.

Pero dijo con voz ronca:

—Es estúpido.

—Hablabas de eso, Jess.

—¿El juicio final?

—Sí.

—Eso significa algo así como la destrucción del mundo, ¿verdad?

—Exacto. Y lo decías con tal voz que me he asustado. ¿Qué sabes tú, Jess? ¿Qué hay en ti? ¿Por qué hablas y actúas a veces como si dentro de tu cuerpo hubiera el cuerpo de otro hombre?

Él tenía frío en la espina dorsal.

Un frío espantoso, que le helaba los nervios.

Pero barbotó:

—Tú y el pequeño debéis reconstruir vuestra vida. Ahora no corre peligro. Repito que tú y el pequeño debéis reconstruir vuestra vida.

—¿Por qué nos has salvado, Jess? ¿Por qué te preocupas de nosotros?

—No lo sé.

—Por hacerlo has corrido peligro de muerte. Y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué...?

—Me ha parecido que... Bueno, he tenido una sensación extraña. Como si de repente comprendiera que no nos salvabas a nosotros, sino a otra mujer y a otro niño. No sabría explicarlo, pero ha sido como un chispazo. Lo he visto con una brutal claridad.

El volvió la espalda.

De pronto también lo veía con una brutal claridad.

Pero no quería verlo...

—Necesito un trago —musitó—. Quizá los bares ya estén abiertos cerca del mercado.

Se puso la americana y salió.

Aquello era como una fuga.

Él lo sabía.

Lo último que vio, antes de cerrar la puerta, fue la imagen dulce del niño que dormía en su cama.

Y lo primero que vio, abajo, en el vestíbulo, fue a aquel buitro.

Estaba entre el *comptoir* y el comedor, cerca de la puerta. Y olía a policía a cien leguas de distancia.

Jess Tunder se había pasado la vida entre ellos. Los policías... Los conocía, los adivinaba. Aquel tipo estaba allí por él. No se habían atrevido a clavarle las zarpas aún, pero se afilaban ya las uñas. Debía haber otro más allá de la puerta.

Jess examinó mentalmente sus posibilidades de huida.

Nulas.

Pero había de intentarlo.

Fingiendo desenvoltura, se encaminó hacia el empleado del *comptoir*.

Llevaba cinco mil francos en un sobre. Era una cantidad bastante respetable, con la cual Raquel y el pequeño podían afrontar los primeros gastos mientras ella atisbaba las posibilidades del porvenir. Pasó la lengua por la parte engomada del sobre y lo cerró.

No se transparentaba. No se notaba que en él había dinero.

—Entregue esto a la dama del 311 —musitó.

El policía, junto a la puerta, seguía quieto.

El empleado miró a Jess.

—Lo haré —dijo—. Oiga una cosa. Oiga, señor...

—¿Qué?

—Alguien ha telefonado. Ha dado un recado para usted.

—¿Alguien? ¡Qué extraño! Nadie sabía que yo estoy aquí. ¿Y por qué no me ha pasado la comunicación?

—Compréndalo... Era muy tarde. Además, me han pedido solamente que recogiera el recado y se lo transmitiese.

—¿Qué recado era?

—No tiene sentido, señor. Cuanto más lo pienso, más me parece una tontería. Temo que le hayan querido gastar una broma.

—De todos modos, dígamelo. Así nos reiremos todos.

—El mensaje era: «Pasado mañana el juicio final». El juicio final... ¿Qué le parece?

Jess se estremeció.

Sus facciones estaban lívidas y había apretado los labios espantosamente, hasta borrar de ellos todo vestigio de color.

—¿Quién ha dado el recado? —musitó.

—Lo recuerdo perfectamente. Un tal señor Villard.

Jess cerró los ojos.

Había sido como una bofetada en pleno rostro.

Villard...

—¿Le ocurre algo, señor?

Le sucedía aquello algunas veces. Como si no estuviera en este mundo. También ahora la voz del empleado parecía llegar de muy lejos:

—Repito: ¿le ocurre algo, señor?

—No, nada. Gracias.

—Hay algo muy extraño, ahora que me doy cuenta. Y perdone la indiscreción.

Los dientes de Jess entrechocaron.

—No se preocupe —musitó—. Hable.

—Ahora que oigo su voz, me he dado cuenta. La voz del señor Villard era exactamente como la suya. Parece como si hubiera hablado usted mismo. Si yo no tuviera la centralita delante, con las llamadas controladas, diría que usted mismo me ha llamado desde su habitación.

Jess cerró un momento los ojos.

Aquella espantosa sensación de vacío...

Aquel siniestro vértigo...

Pero tenía que dominar aquello. Tenía que huir.

Dio un par de pasos hacia la puerta. El policía no se movió. Jess

tuvo la sensación de que llegaría a desorientarlo.

Pero en el pequeño aparcamiento del patio del hotel le esperaba otro. Apareció siniestramente, como un fantasma, detrás de un «Simca 1300». Parecía llevar un cañón antiaéreo en el bolsillo derecho de la americana, donde se hundía su mano derecha. El bulto era enorme.

—Me gustan los hombres prudentes —dijo en voz baja—. Y si usted fuera un hombre prudente, no se movería.

Jess iba desarmado.

No tenía ninguna posibilidad de escapar.

Musitó:

—¿Dónde quiere llevarme? —Iremos a la gendarmería.

Y le señaló el coche estacionado en la calle. No disimulaban demasiado. Era un *jeep* tan cargado de gendarmes que hasta los bigotes de uno de ellos parecían asomar por debajo del carburador.

—¿Por qué me detienen? —murmuró Jess—. Soy un turista extranjero. Tengo mi pasaporte en regla.

—Tiene en regla otras muchas cosas. Un tipo como usted robó un «DS 21» en Orleans.

—Suponiendo que lo hubiera hecho, no es un delito tan grave.

—Claro que no, si en Orleans no hubieran aparecido además una montaña de muertos. Toda la noche la llevamos en danza, infiernos. Preguntando en los hoteles, aquí y allá. El «DS 21» apareció en un restaurante. Del aparcamiento había desaparecido un «Ford Capri» color azul. El «Ford Capri» color azul ha aparecido en una calle de Brive.

Jess se dio cuenta de que no había obrado con excesiva precaución. Normalmente hacía las cosas mejor, pero esa noche se había preocupado más del niño y la mujer que de sí mismo. Por otra parte, no pensaba que la policía francesa fuera tan rápida. Había sido asombrosamente veloz. Por experiencia sabía que siempre existe un margen de libertad en esos casos, hasta que la lenta máquina policial se pone en movimiento. Pero aquí no había ocurrido de ese modo. ¡Ni que los gendarmes lo hubieran olido!

Le hicieron subir al *jeep*.

Ahora estaba acorralado. Ahora sabía que su misión iba a fracasar por completo. ¿Llegar hasta Rusia en busca de un hombre llamado Yavrenko?

¡Ni soñarlo!

¡Lo más lejos que podría llegar sería hasta el río, a ver si se ahogaba de una vez!

Una vez en la gendarmería, muy poco animada a aquella hora, le hicieron pasar a un despacho algo sórdido donde había una inscripción de «Liberté, Igualité, Fraternité» y un retrato del presidente Pompidou. También había un gendarme barrigudo y dos tazas de café caliente. El gendarme le dijo que podía tomar una.

Mientras Jess la bebía, entró aquel hombre.

Tenía una mirada de hielo.

Jess no le había visto nunca, pero adivinó enseguida que era un alto oficial de la Sureté. Llevaba un excelente traje que parecía haber sido cortado en Londres. Y quizá había pasado toda la noche sin dormir, pero su aspecto era sereno y fresco.

—¿Un cigarrillo?

Jess no aceptó el cigarrillo, pero mostró su pasaporte.

—Puede examinarlo —dijo—. Está en regla.

—También estaba en regla en París, claro.

—¿Por qué dice eso?

—Usted es el hombre del «Aston Martin» —dijo el oficial, con una voz tan helada como sus ojos.

Jess tragó el último sorbo de café. Le supo espantosamente amargo.

—Veo que no han dejado de vigilarme —susurró.

—Con un hombre fichado, las cosas no son tan difíciles como con los demás, señor Tunder. Y usted está fichado. ¿Le sorprende, después de lo que ocurrió en París?

—No, no me sorprende.

—Fuimos muy tolerantes con usted. Demasiado tolerantes, diría. Porque quisimos considerarle como un turista normal y no le retuvimos en París. Fue un error. Caso de haber limitado sus movimientos, no hubiera sucedido lo de Orleans. Y aún no sé si está relacionado o no con un «Jaguar» que estalló en el aire, cerca de la vía férrea.

Jess negó con la cabeza.

—No me puede acusar sin pruebas —murmuró por pura táctica, para ganar tiempo.

—Las pruebas las tendré a su debido tiempo. El propietario del

«DS 21» está viajando hacia aquí. También haré venir al del «Ford Capri», por si le vieron a usted rondar por las cercanías del restaurante. No se haga ilusiones. Sólo con el asunto del robo de los coches ya le tendré preparada una bonita montaña de cargos. Y en cuanto a lo demás, ya irá saliendo. Todo es una simple cuestión de paciencia.

Jess comprendió que el oficial tenía razón.

Pero no estaba dispuesto a dar facilidades. No le sacarían una palabra ni aunque le sometieran a los tormentos estilo Gestapo. Y la policía francesa no era la Gestapo, por supuesto. Lo más que harían a un extranjero como él sería saltarle algún diente, y eso si las cosas se ponían muy serias.

—Niego absolutamente que tenga que ver nada con eso —murmuró—. Cuando tenga las pruebas en su poder, haga un pliego de cargos si puede. Mientras tanto, déjeme en libertad.

El oficial negó con la cabeza.

Seguía siendo un tipo helado y hermético. Caso de tener calva, se hubiera parecido a Yul Brinner.

—Le retendré aquí —dijo—. Tengo otros motivos.

—¿Cuáles?

—Lo de Orleans.

—Bueno, eso es algo que también deberá probar. Y dudo que lo consiga, porque no es cierto.

—Hay más razones, amigo.

—¿Más?

Jess Tunder estaba nervioso, aunque lo disimulaba muy bien. La seguridad del otro, que parecía tener todas las cartas de la baraja en la mano, le sacaba lentamente de quicio.

El oficial dibujó en sus labios una helada sonrisa.

Y entonces mostró la carta. Mostró la baraja, el muy perro maldito.

Era una ficha policial que sacó del cajón. Una ficha con el retrato de Jess Tunder, sus señas personales, sus datos antropométricos y sus huellas dactilares.

Tampoco faltaba el motivo de todo aquello, desde luego. Era lo que estaba escrito en letras más grandes.

CAPÍTULO IX

RETRATO DE UN ASESINO

El oficial dijo con voz extrañamente suave:

—Mejor será que me vaya conociendo. Me llamo Berdier.

Y dejó la ficha sobre la mesa.

En sus labios seguía flotando aquella sonrisa helada.

Musitó:

—¿Usted ha estado alguna vez en el hospital, señor Tunder?

—¿Por qué?

—Quiero decir un hospital psiquiátrico. De ésos en que se interna a la gente que pierde la memoria. O a la que sufre heridas en la cabeza, por ejemplo. ¿Usted ha sufrido alguna vez heridas en la cabeza, señor Tunder? ¿Quizá en un accidente de coche, querido señor Tunder?

La voz de Berdier era cortés, pero tan helada y penetrante que atravesaba como un cuchillo.

—Nunca he tenido un accidente de esa clase. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que me parece extraño. Quizá haya cosas que usted ha hecho y no recuerda. No, no se asombre. Hay mucha gente a la que le ocurre eso. Más de la que se piensa. Pero es que usted tiene una expresión tan inocente que de verdad me confunde.

Jess sentía frío en la columna vertebral.

Aquel frío horrible...

Y otra vez sentía como si sus manos —aquellas manos que eran suyas y no eran suyas— se movieran en la niebla.

—Trata de ser amable, Berdier —murmuró—. Usted trata de ser

amable conmigo, pero no le servirá esa táctica.

—¿Y por qué no? ¿No le parece que ya tengo bastantes pruebas? ¿Qué le parece esa ficha? Nos la ha facilitado la Interpol y es auténtica. Puede comprobarlo si gusta.

—Ahí no figura mi nombre.

—¿No? ¿Qué nombre figura? Léalo.

Jess sentía en su cerebro como un trueno lejano, lejano... Como una marea negra que lo llenaba todo.

—¿Qué necesidad hay? —susurró—. No hace falta leerlo en voz alta. Los dos lo hemos visto.

—¿Es que tiene miedo a ese nombre? Por favor, léalo. ¿Qué dice?

Jess dijo con un soplo de voz:

—Dice: Villard.

Los ojos helados de Berdier brillaron un momento.

—Tal vez sea un nombre que usted usa —murmuró.

—No lo he usado nunca.

Berdier seguía sonriendo.

—Sin embargo hay otra prueba abrumadora —murmuró—. No se trata de su palabra contra la mía. Es que le tengo cogido por el cogote, querido señor Tunder. Vea las huellas dactilares de la ficha. Son exactamente las suyas. Se las tomaron en París, después del accidente del «Aston Martin», y las hemos comparado. Villard y usted son la misma persona.

Jess cerró otra vez los ojos.

Era incapaz de pensar.

Su cerebro estaba espantosamente en blanco. Todo parecía dar vueltas lentamente en torno suyo.

La voz de Berdier sonó muy remota.

—Si quiere le someteremos a reconocimiento psiquiátrico, señor Tunder. Y también podemos comprobar si tiene usted heridas en la cabeza, por ejemplo. Eso le favorecería aunque usted no lo crea. Pero prefiero dejarle tiempo para reflexionar. Será conducido a una celda y tratado con toda consideración hasta medianoche. Después volveré a interrogarle. No respondo de las consecuencias, según cual sea su actitud, querido Tunder.

Esta vez Berdier omitió cuidadosamente la palabra «señor».

Jess se dio cuenta.

—¿Quiere ahora un cigarrillo u otra taza de café?

—No, gracias.

—Clouzot.

Clouzot era el gendarme bigotudo que estaba ya allí cuando entró Jess. Se puso en pie y abrió la puerta, señalando al detenido el camino a seguir.

Jess le precedió.

Anduvieron por un largo pasillo, al final del cual había unas escaleras que descendían hasta las profundidades del edificio.

No se veía a nadie por allí.

La Gendarmería aún no estaba abierta al público para los trámites normales, y sólo quedaba allí el personal de noche. Jess sintió que unas gotitas de sudor helado, se marcaban en sus sienes. Se dio cuenta de que tal vez tenía allí una única, una irrepetible oportunidad.

Clouzot caminaba pesadamente tras él.

Era el clásico gendarme que ya piensa en el retiro desde el día de su ingreso. El clásico gendarme amante del buen vino y la buena mesa, que tiene una esposa gorda como él, dos hijos y un perro al que saca a pasear todas las noches.

Jess contuvo la respiración.

¡Al diablo!

Clouzot no se dio cuenta de nada. La verdad fue que cuando sus labios se abrían para lanzar un grito, Jess ya estaba sobre él. El golpe en la nuca le hizo tambalearse. Un gancho en la mandíbula le dejó K. O. al menos para cinco minutos.

Jess hubiera podido ganarse perfectamente la vida en un *ring*. Era especialista en aquellos impactos que enviaban un hombre a las nubes sin que se diera cuenta.

Tendió los brazos para que el pesado corpachón de Clouzot no hiciera demasiado ruido al caer al suelo, y lo sostuvo en el último momento. Seguía sin distinguirse a nadie por el pasillo. Jess vio una puerta sobre la cual una plaquita indicaba: *Toilettes*. Introdujo tras ella a Clouzot, dejándolo cómodamente sentado sobre la taza del W. C.. Cerró bien la puerta y se alejó pasillo abajo, buscando una salida.

A la izquierda había otra puerta, ésta de cristales, sobre la cual se leía: *Passeports*.

Jess salió tranquilamente por ella. Un gendarme, con los pies sobre la mesa, leía tranquilamente el periódico

L'Equipe

. Miró a Jess con una especie de fastidio.

—La oficina aún no está abierta —dijo.

—Perdone —dijo Jess, con perfecto acento británico—, mi pasaporte caduca mañana. Sólo quería saber hasta qué hora puedo salir del país.

—Puede pasar el último visado hasta las doce de la noche, *monsieur*. Y ahora buenos días. Si quiere algo más, a partir de las nueve le atenderemos.

—Gracias.

Jess atravesó la desierta oficina y salió.

Todo había sido tan fácil que cuando se vio en la calle aún no podía creerlo. Sin embargo su experiencia le había demostrado muchas veces que esas cosas o son fáciles o no se hacen. Él se había limitado a aprovechar las oportunidades. Ahora todo consistía en saber si podría aprovechar bien los minutos que le quedaban.

Anduvo unos pasos, giró a la derecha, por una calle tranquila, y vio allí un «Ford Escort» mal estacionado.

El «Ford Escort» es el último modelo fabricado en Francia. Nada espectacular en comparación con otros, pues el modelo standard ni siquiera lleva frenos de disco. Pero éste era un «GT». Sus siete caballos y sus 1298 centímetros cúbicos le permitían alcanzar los ciento cincuenta por hora, gracias a un carburador de doble cuerpo. La puerta estaba cerrada, pero la llave de contacto se encontraba en la cerradura.

Jess pensó que aquel día, después de todo, podía ser el de su buena suerte.

Aprovechó la oportunidad en cuestión de segundos. Se sentó al volante, examinó la reserva de gasolina, dio contacto, aceleró, comprobó un instante el cuentavueltas y salió disparado.

Unos momentos después estaba fuera de la ciudad.

Nadie le seguía.

En la carretera, dudó sobre el camino a tomar. Había muchas direcciones posibles a través de las carreteras secundarias que cruzan la región, pero dos de esas direcciones tenían más lógica que las otras. Una era la del Sur, la de la frontera española, que tal vez

lograría pasar antes de que se diera la alarma. Pero para lograrlo tendría que ayudarle mucho la suerte, ya que Berdier se había quedado con su pasaporte. Otro camino posible era el de París, donde podría ocultarse con más facilidad o al menos acudir a la Embajada británica. Ésa era la ruta más favorable para él, de modo que la tomó, pero no por la carretera principal sino desviándose a cada momento por carreteras secundarias.

Llegó a París al anochecer, sin novedad de ninguna clase.

Todo parecía en orden. Nadie se fijaba en él.

Cuando llegó a los grandes bulevares, el cielo se había encapotado y amenazaba tormenta. Dobló por el bulevar Lafayette, más largo que un día sin pan, y alcanzó las inmediaciones de la estación del Norte. Una vez allí, dobló por la rué Mauvege. Un hotel discreto le llamó la atención: Hotel Metropol. Estaba casi a la entrada de la calle.

Jess sabía que estaba jugando una carta que podía salir bien o mal. Pero aun en caso de mala suerte, disponía de varias horas de seguridad.

Contando con que la policía lo imaginara en París y lo buscara por los hoteles, tardaría varias horas en revisarlos todos, dada la enorme cantidad de ellos que hay en la capital de Francia. De modo que dejó el coche robado a buena distancia, volvió a pie y solicitó una habitación.

Rellenó la ficha con los datos que recordaba de su pasaporte, pero sin mostrarlo.

Luego subió a su cuarto.

Éste era, por decirlo así, muy francés.

Se entraba por el cuarto de baño. El bidé estaba materialmente junto a la puerta. Sólo faltaba una señora asustada y un señor dentro del armario.

La habitación era pequeña y daba a un patio interior. Un cielo oscuro y plúmbeo pesaba sobre él. Apenas Jess abría la ventana, empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

«De buena me he librado —pensó—. Deambulando por ahí, me hubiera puesto como en una pecera».

Fue hacia el teléfono y solicitó hablar con la Embajada británica. Una vez obtenida la comunicación, pidió que le pusieran con el jefe de servicios especiales.

Éste se hallaba perfectamente al tanto de la misión de Jess Tunder. Kleyton, jefe de la Sección Oriental, le había puesto en guardia desde Londres. Estaba enterado incluso de que la policía perseguía a Jess.

—Creo que es urgente que salga del país —murmuró éste, hablando en idioma galés, para que no fuera tan fácil entenderle a cualquiera que estuviese a la escucha—. Si no salgo de Francia no podré realizar jamás mi misión en Rusia. Creo que ustedes pueden tener algún medio para sacarme de aquí. Podría ir con documentación falsa, como si fuera un correo diplomático.

Se oyó un carraspeo al otro lado del hilo.

Jess musitó:

—¿Hay alguna dificultad especial?

—No lo creo, pero su salida del país debe ser organizada con cierto cuidado, Tunder.

No queremos tener líos con nadie, y menos con nuestros buenos amigos los franceses.

—Lo comprendo. ¿Qué debo hacer?

—Deme su dirección exacta.

—Número seis de la rué Mauvegre, junto a la Gare du Nord.

—Está bien. No se mueva de ahí por ningún concepto. Duerma si hace falta, porque puede que pasen horas antes de que vayamos a por usted.

—Me hago cargo.

—Otra cosa, Tunder.

—¿Algo más...?

—Sí. Su mujer está en París.

—¿Esther...?

—Ha llegado esta mañana. Nos hemos creído en el deber de informarle que usted estaba metido en un lío y que era posible que le detuvieran en Francia.

Jess tragó saliva.

—Eso va contra todas las normas del Servicio Secreto —murmuró—. Mi mujer sabe perfectamente que estoy metido en líos desde que me levanto hasta que me acuesto.

No tenían por qué haberla avisado. No se ha producido ninguna situación especial.

La voz dijo secamente al otro lado del hilo:

—Debe entenderlo, Jess. Usted es un ser humano. Según su pasaporte, tiene familia. Para que la policía francesa no sospeche algo raro, es natural que si le detienen, su mujer se preocupe de usted.

—En este sentido de cubrir las apariencias, sí que lo entiendo. Es perfectamente razonable.

—Permanezca ahí.

—Una última pregunta. ¿Cómo se encuentra Esther?

—Se encuentra bien. Ahora mismo está comiendo algo en un restaurante llamado La flor de Lis. Le hemos pedido que haga vida normal y, de momento, no se preocupe demasiado.

Jess musitó:

—Gracias.

Y colgó.

Le dolía la cabeza. Le dolía, sobre todo, la nuca, como si acabaran de golpearle en ella.

Pero ahora tenía la oportunidad de descansar. La rápida conversación le había dejado exhausto. Era raro lo que le sucedía. Había momentos en que hasta las cosas más insignificantes le hundían en una especie de postración, como si además de cansarse por él se cansara por otro.

Ese pensamiento le hizo daño.

Se desnudó y se introdujo en la cama. Se oía el gotear de la lluvia sobre los tejados de París. Y se estaba bien allí, después de todo. Se estaba bien allí descansando, pensando que las cosas iban a arreglarse de una vez...

Jess Tunder cerró los ojos.

Y un sopor pesado, absoluto invencible, no tardó en apoderarse de él. Quedó dormido como un tronco.

CAPÍTULO X

EL DESFILE DE LOS MUERTOS

Cuando despertó, le ocurrió lo mismo que en Brive. No sabía si había estado con los ojos cerrados unos minutos o un día entero. La verdad era que se sentía tan cansado como si no hubiera dormido un solo momento. Pero además tuvo la sensación extraña de la otra vez: la sensación de que una mujer le estaba mirando.

Se incorporó levemente.

Tuvo una serie de raras sensaciones antes de recobrar la plenitud de sus sentidos. La sensación, por ejemplo, de que había dejado de llover. De que amanecía. De que al otro lado del patio interior pasaban una serie de pesados camiones por el bulevar Lafayette.

Entonces la vio a ella.

Magníficas piernas.

Unas caderas de campeonato.

Unos labios pulposos, rojos.

A pesar de que conocía todo aquello, lo admiraba igualmente. Le parecía descubrirlo como una cosa nueva cada vez.

Susurró:

—Esther...

Esther descruzó las piernas.

Una sonrisa preocupada flotaba en sus labios. Quería parecer alegre, pero aquella sonrisa inquieta estaba allí, como una mancha en su cara.

Jess musitó:

—¿Cómo has venido aquí, Esther?

—Me han dado tu dirección en la Embajada.

—No debieron hacerlo. Ni siquiera para cubrir las apariencias tenían que haberte enviado a París.

Jess saltó de la cama y fue a la ducha. No podía creer aún que su mujer estuviera allí. La misma sensación de vértigo que ya había sufrido otras veces le dominaba ahora de nuevo. Mientras se secaba, susurró:

—No debías haber venido a este hotel, Esther. Nunca debieron mezclarte en esto. Pero venir al hotel en que estoy refugiado es aún más absurdo.

Ella había vuelto a cruzar las piernas.

Sus piernas fascinantes.

Pero Jess no se fijaba en ellas. No las miraba porque la expresión reconcentrada de Esther le llamaba la atención mucho más aún.

Ella dijo con un soplo de voz:

—Jess...

—¿Qué pasa?

—No sé por qué te quejas de que haya venido aquí.

—Pues me quejo porque...

—Yo nunca me mezclo en tus asuntos —susurró ella—. Cuando nos casamos, ya sabía qué vida tendría que llevar y la acepté. Nunca me he quejado.

—Por descontado que sí, Esther, y yo te lo agradezco, pero esto es distinto.

—Jess, me asombra lo que dices. Si estoy aquí es porque tú mismo me has pedido que viniera.

Él iba a decir algo.

Pero de pronto sus palabras se cortaron.

De pronto quedó quieto, con los ojos como alucinados y la mano derecha absurdamente suspendida en el aire.

Hubo de hacer un terrible esfuerzo para balbucir:

—Esther... ¿Yo te he pedido que vinieras?

—¡Claro que sí...!

—¿Dónde?

—En un restaurante llamado La flor de Lis. Pero Jess..., ¿de qué estamos hablando?

¿Es que vas a decirme que no lo recuerdas?

La expresión de la mujer era aterrorizada.

Miraba a Jess Tunder como si éste fuera un fantasma; como si

no pudiera creer en su existencia.

Jess balbució:

—Esther, yo no he salido esta noche de aquí.

—¡Estás loco o mientes! ¡Nos hemos encontrado en La flor de Lis!

El cerró los ojos.

Otra vez aquella sensación de abismo, otra vez la sensación de que iba a caer...

—Esther —musitó—, te ruego que me creas.

—Y yo te ruego que me creas a mí.

Jess abrió los ojos y siguió la dirección de la mirada de su mujer.

Ésta la tenía clavada en dos objetos muy sencillos.

Los zapatos de Jess.

Los zapatos de Jess mojados por la lluvia...

El joven sintió que sus piernas vacilaban. El frío llegó hasta sus huesos. No obstante aún tuvo fuerzas para caminar hasta el armario, abrirlo y tocar el traje colgado allí. El traje también estaba algo mojado por la lluvia.

El recordaba perfectamente que había empezado a llover cuando abrió la ventana, ya dentro de la habitación. Por lo tanto no le había caído encima ni una gota. Y sin embargo...

La voz de Esther parecía llegar desde el otro mundo.

—Jess, ocurra lo que ocurra yo estoy a tu lado. Yo creo en ti.

El no tuvo fuerzas ni para contestar.

Sentía como una bola en la garganta.

Al fin hizo un esfuerzo terrible para murmurar:

—¿Cuánto tiempo he estado en ese restaurante, Esther?

—Apenas diez minutos. Yo había entrado allí a comer algo, aunque no tenía apetito. Entonces has llegado tú. Ya casi no llovía, pero de todos modos tu traje y tus zapatos estaban bastante mojados. No has tomado nada. Te has limitado a pedirme que estuviera aquí, en el hotel Metropol, antes del amanecer.

—Y tú has venido...

—¿Crees que podía dejarte solo, Jess?

Esther ya no le miraba. Cualquiera hubiese dicho que no se atrevía. Jugeteaba nerviosamente con el diario que llevaba en sus manos. Al fin éste cayó.

Jess se inclinó maquinalmente a recogerlo para devolvérselo.

Era la primera edición de *Le Fígaro*, recién salida de las máquinas. Quizá ella lo había comprado al pasar por un barrio obrero, donde los diarios suelen venderse antes. Podía haberlo comprado en cualquier sitio, desde la Porte Cillete hasta el puente de Grenelle.

Pero los pensamientos de Jess Tunder sólo duraron un instante, porque hubo algo que acaparó enseguida toda su atención. Eran los titulares de la primera plana. A pesar de que *Le Fígaro* no es un diario sensacionalista, ni mucho menos, esta vez había titulado a cinco columnas. Grandes letras del cuerpo cuarenta y ocho decían: «Peligro de muerte en París». Y en la línea siguiente, en letras del cuerpo treinta y seis: «Puede existir un depósito de gas nervioso como el que los americanos han inutilizado recientemente». Y más abajo aún, en letras del cuerpo veinticuatro: «Seis personas han muerto de un modo inexplicable, completamente paralizadas, en una boca de Metro de Notre Dame Des Chambs, en el bulevar Raspall».

El joven dejó caer el periódico.

Otra vez aquella sensación de abismo.

Aquella sensación de que todo, hasta lo más absurdo, podía ser...

Musitó:

—¿Cuándo has comprado este periódico?

—Esta misma mañana, en la Gare du Nord. Acababan de traerlo y la gente se lo quitaba de las manos. Por el bulevar Magenta he oído hasta gritos. La gente dice que es obra de los yanquis.

Jess se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Esto traerá terribles complicaciones diplomáticas —susurró—. Quién sabe hasta dónde puede llegar una situación así.

Se sentía ridículo en el centro de la habitación, desnudo y con la toalla en la mano. Empezó a vestirse maquinalmente. No tenía mal aspecto, a pesar de la horrible tensión nerviosa y la barba de dos días.

—Los americanos no han destruido tal vez todo su «gas nervioso» —murmuró pensativamente—. Tal vez había una reserva aquí en tiempos de la OTAN. Una de esas reservas a las que nadie da demasiada importancia^[2].

Esther evitaba mirarle.

Sus dedos temblaban.

—Jess —musitó—, he de decirte otra cosa.

—¿Cuál?

—En la Embajada británica se han enterado por un conducto confidencial. Alguien ha llamado nada menos que al Palacio del Elíseo, la residencia oficial del presidente de la República. Cualquiera hubiese pensado que se trataba de un loco de no estar ya por delante todos esos muertos. Ha hablado no con Pompidou, pero sí con el jefe del protocolo civil.

—Es grotesco —dijo Jess—. Llamar nada menos que al presidente de la República...

—La altura del asunto lo requería. Espera a saber de qué se trata.

—¿De qué se trata...?

—El hombre que ha llamado quería cien millones de francos. Cien millones de francos en papel viejo, de los que tiene el Banco de Francia. Imposible numerarlos y comprobarlos todos. Apenas hay tiempo para reunirlos, puesto que los quiere esta noche.

Jess murmuró:

—Grotesco.

—No tanto.

—¿Y qué hará si no se los pagan? ¿Robarle los libros de poesías al presidente Pompidou?^[3]

—Matar a medio millón de personas en París.

Jess, que iba a volverse, quedó un momento paralizado.

La camisa, que sostenía entre sus dedos, cayó al suelo.

Sus dientes entrechocaron.

Lo único que pudo balbucir, al cabo de un tiempo que le pareció interminable, fue:

—Sigue.

—¿Qué puedo decirte? Sólo sé lo que comentaban en la Embajada, donde estaban muy inquietos. La noticia aún no se ha difundido por París, pero quizá llegue a la calle, y entonces no se sabe lo que puede ocurrir. El que llamaba ha dicho que esos muertos del Metro de Notre Dame des Champs eran los primeros. Que poseía los medios para matar a medio millón de personas si no se le entregaba esa suma fabulosa que pide. Ya sé que todo esto puede parecer increíble, pero es terriblemente real. Una sola granada de ese gas mató en silencio a ocho personas. Imagina que

se haga estallar una cadena de ellas en la estación del Metro del carrefour de l'Odeon,

por ejemplo, o en la red de túneles de la estación de la Opera. El gas se distribuiría a través de esos túneles y penetraría en el sistema de ventilación de los vagones atestados. Luego terminaría saliendo a la calle por las bocas del Metro. No es absurdo suponer que medio millón de personas morirían.

Tanto es así que se estudia seriamente la posibilidad de entregar ese dinero.

—¿Y dónde han de entregarlo?

—Parece que eso es lo más sencillo. No sé qué sistema tendrá el asesino (porque ya se le puede llamar así) para hacerse con él, pero ha exigido que los billetes se coloquen en dos maletas y éstas sean cargadas en el avión de la Swisair, que sale a medianoche para Zúrich. En el avión debe estar toda la dotación y todos los pasajeros, a los cuales no se dará ninguna alarma. El asesino figurará entre ellos, por supuesto, pero no se sabe quién es. Si ve a un solo policía demasiado cerca, asegura que hará estallar en el avión una granada de gas, aunque él también muera. Una vez en el aire, supongo que secuestrará el aparato para hacerlo aterrizar donde a él más le convenga.

Jess Tunder había escuchado aquella explicación con los ojos entrecerrados.

No se extrañaba de nada. Aquel plan, después de todo, era siniestramente lógico.

El asesino dispondría de las vidas de al menos cien personas, puesto que el avión de Zúrich solía ir lleno.

Nadie se atrevería a nada contra él.

Y si los billetes no eran entregados podía haber medio millón de muertos...

Musitó:

—Supongo que habrán comprobado el sitio desde donde llamaba ese individuo, ¿verdad?

—Por Dios... ¿Por qué hablamos de él? Al fin y al cabo, ¿qué nos importa? —balbució Esther.

—No puedo dominar mi impulso profesional —dijo él—. Es un caso asombroso. Dime.

¿Han controlado o no la llamada?

—Claro que la han controlado.

—¿Y...?

—Llamaba desde una cabina pública que hay en un bar de la plaza de la Bastilla.

—¿No han tenido tiempo de entretenerlo y llegar hasta allí?

—No.

—Supongo que ese tipo habrá dado algún nombre...

—Lo ha dado.

—¿Cuál es?

—Villard.

La mano con la que Jess iba a ponerse la americana tembló un momento.

Pero eso fue todo.

Luego cerró los ojos, los volvió a abrir y en ellos apareció una expresión helada e insensible.

Se puso la americana, buscó su paquete de cigarrillos, lo sacó y cayó entonces una cosa pequeña y metálica al suelo.

Jess se inclinó para recogerla.

Sus dedos no temblaban.

Esther musitó:

—¿Qué es?

—Nada. Una ficha de teléfono.

—¿La tienes desde Londres?

—Seguramente sí.

Ella dijo con un soplo de voz:

—Yo también necesito un cigarrillo, Jess.

—Toma.

Lo puso en los labios de Esther, mientras él extraía otro y casi lo mordía nerviosamente.

—¿Me das fuego?

—Claro que sí...

No recordaba dónde tenía los fósforos, pero los encontró en el bolsillo de la izquierda. Dio fuego a Esther y luego prendió él la punta de su cigarrillo.

Esther miraba el sobrecito.

—Fósforos franceses... Se ve que has estado en bastantes sitios ya.

—En muchos.

Jess Tunder miró el sobre antes de guardarlo. Estaba casi intacto. Sólo había gastado dos fósforos. Pero no fue eso lo que hizo que sus párpados temblaran brutalmente. Fue otra cosa.

El sobrecito decía:

«Bar des sans-coulottes. Place de la Bastille».

CAPÍTULO XI

VIAJE A LO DESCONOCIDO

Jess sentía bajo sus pies el traqueteo de las ruedas del Metro.

En aquella línea aún no habían puesto vagones nuevos con gomas neumáticas, como circulan ya por varios sectores de París. Era aún el viejo y romántico Metro de principios de siglo, el que llevaba a los juerguistas a Pigalle y a los trabajadores a Billancourt. A aquella hora de la mañana iba aún bastante vacío. Un par de argelinos dormitaban cerca de donde estaba él, dando las últimas cabezaditas antes de entrar al trabajo.

A Jess le habían dicho: «No se mueva de ahí, Tunder». Y él sabía que era una orden.

Pero la había desobedecido.

El nombre de la estación figuraba en grandes letras sobre el cartel azul: Barbes Rochechuart.

A partir de allí los vagones ya no eran subterráneos, sino que el Metro se convertía en una especie de elevado parecido al de Chicago. Jess miró la bruma que cubría los tejados de las casas.

Esther, a su lado, se limitó a murmurar:

—¿Por qué...?

—¿Preguntas por qué hemos huido?

—Sí.

—Soy yo el que huye, no tú.

—Pero yo te acompañaré hasta donde sea. Te acompañaré hasta el fin del mundo —balbució Esther.

Jess la miró fijamente.

Era difícil expresar lo que sentía.

¿Pena?

Sí, pena. Eso debía ser.

Esther le daba lástima por el solo hecho de estar unida a su destino maldito. —Las cosas eran distintas antes— susurró ella.

—Sí.

—¿Sabes cuándo era feliz? Cuando tú ibas a aquella academia de arte dramático de Chelsea. Cuando decías que querías ser actor.

Jess Tunder apretó los labios.

Aquella había sido otra de sus mentiras. Quizá la primera mentira. Nunca le dijo a Esther, casi hasta estar casados, que aquello formaba parte de la preparación exigida por el Servicio Secreto. La caracterización de un actor, los disfraces de la voz, la habilidad en vestirse... Le habían mandado que aprendiera todo aquello antes de encargarle misiones de importancia. ¿Pero él ser actor? ¡Ni hablar...!

—Hace cuatro años de eso, y parece como si hubieran transcurrido cuatro siglos —continuó ella—. Recuerdo aquellos tiempos con la nostalgia de lo que ya nunca volverá. Entonces no teníamos nada, pero éramos felices. Nos encontrábamos cada noche en Picaddilly Circus, ¿recuerdas? Luego nos íbamos a cenar a cualquier sitio barato. En cambio hay otra cosa que recuerdo como una pesadilla.

—¿Cuál?

—El año que estuviste fuera. El año en que no tuviste más remedio que confesarme que trabajabas para el Intelligence Service inglés.

—Te pedí que no te casaras conmigo —murmuró él—. Mi vida era una vida miserable.

—¿Cómo querías que me separara de ti? El que trabajaras en un sitio u otro me importaba poco. Yo te quería, Jess... Antes de aquella misión a Oriente Medio me dijiste que estarías fuera dos meses y estuviste casi un año. ¿Qué ocurrió? ¿Te hirieron? Nunca quisiste hablarme de eso. Es uno de los puntos más oscuros y secretos de nuestra vida.

El guardó silencio.

Tenía los labios apretados en una mueca obstinada.

Esther continuó en voz baja:

—Quizá te hirieron y tú no quisiste decírmelo... Pero había

momentos en que no parecías el mismo. Me parecía hablar con un desconocido. Tenías una expresión lejana, ausente... Casi me supo mal que te ascendieran de categoría y de sueldo y eso nos permitiera casarnos. Hubiera preferido seguir como antes, como cuando no teníamos nada. Era mucho más hermoso.

Él había entrecerrado los ojos.

Diríase que no la escuchaba.

Sólo percibía el «tracatrac, tracatrac» de las ruedas del Metro en los raíles. Aquel sonido le obsesionaba. Diríase que no existía en el mundo nada más.

Había huido del hotel Metropol, en la vieja rué Mauvege. Huiría de todas partes. Era inútil que le ordenaran permanecer quieto en un sitio. No podía.

Ella musitó:

—¿Qué pasará ahora?

—¿En qué sentido?

—Compréndelo. Tus jefes te buscarán. No podrán ayudarte.

—Eso no me importa ya —murmuró Jess por entre sus dientes apretados—. Voy a actuar por mi cuenta.

—¿Qué piensas hacer?

—En primer lugar, llevarte a cualquier lugar seguro.

—Ni para ti ni para mí hay sitios seguros en París —susurró Esther.

Él no contestó.

Uno de los argelinos se había despertado.

Miraba como obsesionado las piernas de Esther, que estaban muy cerca. Con la mirada acariciaba la línea mórbida de las pantorrillas, cubiertas por las medias.

—Bajemos —musitó Jess.

No se fijó en el nombre de la estación. Pero salieron por la boca de *Correspondence*, hicieron transbordo y, después de un largo trecho, aparecieron en la estación de la Opera. Ya había mucha animación por las calles de París. Las conocidas Galerías Lafayette estaban abriendo sus puertas.

Jess musitó:

—Entra y quédate aquí, Esther. No quiero que salgas en todo el día. Visita lentamente todas las secciones, compra cosas, sube a la terraza desde la que se domina París, come en el *snack-bar* y mata el

tiempo como puedas, pero no salgas de ahí. En las Lafayette hay siempre tanta gente que no podrán hacerte nada.

—¿Quién va a causarme daño?

—No lo sé, pero haz lo que te digo. Cuando cierren, te metes en cualquiera de los cines que hay en la Avenida de la Opera, si es que antes no me has visto en la puerta que da a la calle de Chausée d'Antin.

Ése será nuestro punto de reunión, aunque no puedo decirte la hora. Procura pasar por allí con frecuencia.

—De acuerdo, Jess, pero antes voy a hacerte una súplica.

—Hazla. Te complaceré en todo lo que pueda.

—Hay algo de lo que no has querido hablarme nunca, Jess. ¿Qué hiciste aquel año?

¿Qué ocurrió?

El había apretado los labios de nuevo.

No los despegó para hablar.

No dio ninguna respuesta.

Se limitó a señalar a Esther el edificio de las Lafayette, mientras él volvía la espalda y se alejaba silenciosamente.

A partir de aquel momento emprendía un viaje a lo desconocido.

El viaje hacia un lugar al que creyó que no volvería nunca...

CAPÍTULO XII

UNA VOZ LEJANA

Tomó el Metro de nuevo, dirigiéndose esta vez hacia Montparnasse, hasta las cercanías del famoso café La Coupole, punto de reunión de artistas e intelectuales antes de la Segunda Guerra Mundial. En un cine muy próximo proyectaban una película erótica: *Perversión Story*. Los anuncios proclamaban: «¡Algo que usted no olvidará!».

Jess no les dirigió más que una mirada superficial.

Entró en otro café, se dirigió al teléfono y empleó la ficha que ya tenía. Discó el número de la Embajada británica y solicitó hablar con el jefe de servicios especiales.

—No estoy en el Metropol —informó—. He desobedecido la orden.

—Pues deberá atenerse a las consecuencias. ¿Dónde está usted ahora?

—En Montparnasse, cerca del café La Coupole.

—¿Qué trata de hacer? ¿Se ha vuelto loco?

—Voy a actuar en solitario —informó Jess—. Me moveré a mi modo, pero no quiero recriminaciones por eso. Sólo he llamado porque deseo conocer una cosa. —Hable.

—¿Ha habido respuesta a la petición de Villard?

—¿Cómo sabe lo de Villard?

—Mi mujer me lo ha explicado.

Se produjo una pausa al otro lado del hilo.

Al fin la voz dijo:

—Eso no le interesa, Tunder.

—Por favor, hable. Es importante para mí.

Otra pausa.

Y al fin:

—Está bien, se lo diré, aunque quizá falte a mi deber con eso. La respuesta ha sido negativa. El Gobierno francés estima que la amenaza de ese loco no tiene sentido, y que por tanto no debe someterse a ella. Se ha negado a pagar.

—Pero ya ha habido ocho muertos...

—Es posible. Y le diré algo más. La noticia ya se está filtrando por París. En algunos sectores de la policía ya hay intranquilidad, y los gendarmes se niegan a ocupar sus puestos. Imagine lo que puede ocurrir si se entera la gente que ahora está en despachos y fábricas y se producen manifestaciones.

Jess asintió como si el otro pudiera verle.

—Es todo lo que quería saber —dijo.

Y fue a colgar.

—¡Oiga!

Jess musitó:

—¿Qué pasa?

—¡Yo he oído la voz de Villard, amigo Tunder! ¡La tienen grabada en cinta magnetofónica! ¡Y le juro que es igual que la suya!

Jess apretó los labios.

Colgó.

Momentos después volvía a tomar el Metro, haciendo una serie de combinaciones bajo tierra para despistar a cualquiera que pudiera seguirlo por París. Se encontraba una hora más tarde en Neuilly, al otro lado del Sena. Desde allí fue caminando por la orilla del río, a través de calles cada vez más desiertas, hasta llegar al sitio más insospechado del mundo.

Un cementerio.

Era un viejo reducto ya clausurado, que se conservaba desde la época en que Neuilly era una alcaldía independiente de París. A nadie sepultaban ya allí, pero por el momento el municipio no se había atrevido a desahuciar a los viejos muertos. Una verja quejumbrosa daba entrada al sagrado recinto, en la calle solitaria. La maleza crecía entre las tumbas y los panteones, en casi todos los cuales había inscripciones de entre 1830 y 1850.

La sensación de soledad era absoluta.

Algunos gatos que vivían no se sabía de qué entre los altos tallos

de hierba, abrieron un solo ojo para mirar vigilantes al intruso, pero no se movieron.

Jess Tunder se detuvo ante uno de los panteones.

Sus ojos sufrieron una leve sacudida.

Pero nada más.

Estaban terriblemente fijos en la lápida de bronce, ya carcomida por el tiempo.

La lluvia, el viento y el olvido de un siglo y medio habían pasado por allí. Pero la inscripción en el bronce aún se leía con perfecta claridad:

JESS TUNDER

1825 – 1860

* * *

El joven se pasó la mano derecha por los cabellos.

1825 – 1860. Hacía, pues, ciento diez años que el cuerpo reposaba allí. En cierto modo su cuerpo. Una tumba olvidada y nada más. Un siglo sin una flor, sin una visita, sin una lágrima.

El silencio podía palparse.

Era algo mortal.

Helaba la sangre.

—Creí que no era verdad —dijo Jess Tunder en voz baja, hablando consigo mismo—. Creí que me habían engañado.

Y entonces el silencio se rompió otra vez.

Oyó perfectamente la voz a su espalda:

—Yo nunca te engañé, Jess.

Jess fue a volverse.

La voz era helada como un cuchillo.

—No te muevas. Te estoy apuntando.

El joven no se movió.

—¿Por qué no quieres que te vea la cara? —susurró—. ¿Crees que no la conozco?

—No. Mi cara en este momento no la conocerías.

Jess siguió frente a la tumba.

Iba desarmado.

Pero aun caso de tener un arma no la hubiera empleado tampoco.

La voz siguió:

—Cuando estábamos en Oriente Medio te dije que en el viejo cementerio de Neuilly había una tumba exactamente con tu nombre. Era una gran casualidad, ¿verdad? Mucha gente se llama Pierre Dupont o Marcel Lefevre, y por tanto puede encontrar sepulturas que lleven su nombre. Pero Jess Tunder... Eso ya es distinto, sobre todo en un cementerio de París. Pero, ya ves que es cierto. Yo no te engañé.

Jess asintió sin volverse.

—Por eso he venido aquí —murmuró—. He pensado que ésta sería tu base secreta.

—Lo es. Nadie me molesta en ese viejo panteón, cuyas llaves poseo. Es el refugio más seguro que conozco.

—Y aquí guardas lo que sacaste de aquel barco hundido en el canal de Suez, ¿verdad? Éste es el sitio donde se oculta tu secreto...

La voz volvió a sonar.

Era tranquila, grave.

La voz de un hombre que sabe lo que quiere y sabe también que puede conseguirlo.

—Cierto. Aquí tengo lo que saqué de aquel barco que hundimos en Oriente Medio, en el canal de Suez. Lo he guardado durante más de un año, esperando mi momento.

—El barco lo hundiste tú solo, Rex. Fue tuya la hazaña. Ya sabes que yo no pude participar en ella, aunque me dieron la gloria y el ascenso. En cambio a ti te dieron por muerto en una oscura emboscada en una calleja de Jerusalén. Ahora comprendo que eso formaba parte de tu plan.

La voz dijo lentamente:

—Sí, Jess. Formaba parte de mi plan.

—¿Qué había en aquel barco, Rex?

—No te importa.

—¿Gas nervioso?

—No te importa.

—¿Y qué más da, Rex? Puedes matarme si quieres. ¿Por qué no lo haces?

—Lo he intentado varias veces sin conseguirlo. Pero ahora sé

que todo llegará.

—Los atentados no has podido hacerlos tú solo, Rex. ¿Te has unido a alguien? ¿Trabajas con una banda?

—Exacto. Hay dinero para todos. Hay mucho dinero a ganar, y yo necesitaba ayuda. Pero ahora vuelvo a estar solo, como he estado siempre. Tú aniquilaste a la mayor parte de la banda. Yo maté a los dos hombres que quedaban.

—¿Para cobrarlo todo?

—Sí, para cobrarlo todo.

Jess Tunder rió amargamente.

—Es curioso, Rex —dijo lentamente, siempre sin volverse—. Es curioso lo que pasó.

He pensado muchas veces en aquello, no creas. Tú y yo convertidos en los mejores actores del teatro de Chelsea. Tú y yo miembros del Servicio Secreto. Nadie podía imaginar eso, como nadie podía imaginar otra cosa: que tú me habías sustituido aquella noche. Una noche yo estaba enfermo, y tú hiciste mi papel. Fue asombrosa tu caracterización, tu voz. Nadie lo notó.

—Cierto, Jess. En el fondo siempre he sido un poco como tu alma gemela. Tú eres el hombre al que mejor he sabido imitar.

—¿Por qué te presentaste en mi piso de Londres? ¿Por qué imitaste mi voz? ¿Por qué has hecho cosas como si fueras yo mismo?

—Te equivocas, Jess.

—¿Qué...?

—Yo no he estado en Londres. Yo no he hablado con tu mujer. Yo no he hecho nada.

El joven sintió que se estremecía.

Aquello era increíble.

Toda su teoría estaba basada en el hecho de que Rex le hubiera sustituido. Pero si no era así, ¿qué quedaba?

Jess Tunder sintió como si el suelo vacilara bajo sus pies.

—No te creo —musitó.

Necesitaba no creerlo, porque de otro modo nada tenía sentido.

—Hace tiempo que no voy a Londres —dijo la voz a su espalda—. Quizá demasiado tiempo.

Jess Tunder intentó ordenar sus pensamientos para no perderse. Tenía la sensación de ir a volverse loco.

Balbució:

—Dejemos eso, Rex... Lo cierto fue que a los dos nos enviaron a Oriente Medio. Los dos formábamos parte de la misma promoción, pero yo iba mucho más destacado que tú. Yo era el jefe y tú un simple ayudante. Eso no me lo perdonaste nunca, ¿verdad? Sonó una risita a su espalda.

—Nunca, Tunder.

—Yo no tuve la culpa.

—Es igual. Lo cierto es que entonces tampoco tenía nada contra ti. Buscaba el medio de hacerme rico al margen del Servicio Secreto, para demostrar que era más listo que todos. Pero a ti no te odiaba. Hasta te ayudé, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo... ¿Cómo podía olvidar una cosa así? Nuestra misión era difícil. Teníamos que hundir en el canal de Suez un buque árabe en el que iban *missiles* para atacar a Israel. Nosotros no queríamos ayudar a Israel. Lo que el Gobierno inglés pretendía era evitar una atroz guerra de cohetes nucleares en Oriente Medio. Tú y yo debíamos hacer el trabajo solos, pero entonces ocurrió lo de Ludmila.

—Recuerdo a Ludmila —dijo la voz—. La recuerdo como si la estuviese viendo ahora.

—Era bonita, ¿verdad?

—La mujer árabe más bonita que he conocido.

Jess musitó:

—Los árabes la acusaban de espionaje a favor de Israel, aunque eso no era cierto. Como no tenían pruebas concluyentes, terminaron vendiéndola como esclava a un jeque del desierto. Yo tenía dos posibilidades para salvarla: o matar al jeque o tener un hijo con ella y decir que era mi esposa. A la esposa de un súbdito inglés no se hubieran atrevido a llevarla a un harén. De acuerdo con Ludmila elegimos esa última posibilidad. Era la más fácil y la más agradable para los dos. Mientras el jeque enviaba a los emisarios que habían de ir a buscarle, como si aquello aún perteneciera a la Edad Media, Ludmila y yo vivimos varias noches de amor. Pero no la amaba. Nadie lo hubiera creído, ¿verdad? ¡Era tan bonita! Sin embargo es cierto que yo aceptaba aquella terrible responsabilidad sólo por salvarla. Cuando los emisarios llegaron, yo afirmé que era mi esposa y solicité protección provisional para ella. Me la dieron de

momento, y al cabo de nueve meses nació nuestro hijo. Pero el jeque se vengó. Mató a ella y al pequeño... Desde entonces nunca he podido perdonar a los que causan daño a un niño. Hace poco... Bueno, hace poco he matado a más de un hombre por esa sola razón. Fue a causa de una mujer a la que conocí en el tren y a la que ayudé en lo que pude. Cuando alguien causa daño a un niño indefenso, mis ojos y mis instintos se convierten en los ojos y los instintos de un asesino.

La voz dijo a su espalda:

—Eso no me importa, Jess. Lo único importante es lo que ocurrió mientras tú te ocupabas sólo de aquella mujer. El buque pasó antes de lo que esperábamos. Fui yo quien hizo todo el trabajo. Yo, el inútil...

—¿Y por qué imitaste mi voz al dar el informe, diciendo que el trabajo lo había hecho solamente Jess Tunder porque Rex acababa de morir en una emboscada?

—Porque en el barco acababa de descubrir algo que me importaba más que un ascenso.

—¿El gas?

—Sí. El gas que me permitirá ganar quinientos millones de francos.

—¿Sabes que te busqué infatigablemente, mientras esperaba el nacimiento de mi hijo? ¿Sabes que nunca pensé de verdad que tu muerte fuese cierta?

—Sí, pero al final hubiste de convencerte de que no me encontrarías jamás, Tunder. Y al cabo de un año, cuando todas tus ilusiones se habían visto frustradas, regresaste a Inglaterra.

Jess cerró un momento los ojos.

—Tú ya tenías el gas escondido aquí, ¿no?

—Exacto. Y esperaba el momento de utilizarlo.

—Rex, estás loco. Has matado a ocho personas, pero eso no te servirá de nada. El Gobierno se ha negado a acceder a lo que pides. No creen en ti. Piensan que todo es un *bluff* miserable.

Rechinaron los dientes en la quietud del cementerio.

—Nadie ha creído en mí nunca —dijo Rex, siempre a su espalda—. En el fondo ni siquiera has creído tú, Jess, aunque me ayudabas. Ahora demostraré que soy más listo que todos los capitostes del Servicio Secreto. Si no quieren pagar quinientos millones de

francos, mataré a medio millón de hombres y mujeres. Lo tengo todo preparado. Nadie podrá impedirlo ya. Está todo dispuesto...

Jess se estremeció.

Sabía que el otro decía la verdad.

Dispuesto, ¿pero cómo?

—Es inútil —dijo—. La policía vigila todo París.

—Es igual. Nadie podrá evitar que el desastre se produzca. Antes de una hora, medio millón de personas pueden haber muerto.

—¡Rex! ¡Es absurdo! —gritó Jess Tunder con un brutal estremecimiento—. ¡Tú dijiste que esperarías al menos hasta las doce de esta noche!

El otro rió silenciosamente.

—¿Y quién me obliga a mantener mi palabra?

—¡Por favor! ¡Reflexiona! ¡Aún es posible que te paguen esos quinientos millones de francos!

—No. Tú sabes que no me los pagarán. Muy bien, pues que se atengan a las consecuencias. He empleado siempre el nombre de Villard, que es el del personaje que representé en tu lugar, ¿recuerdas? Nadie sabe a quién buscar, excepto tú. Podré llevar mi plan adelante.

—¡Rex! ¡Por favor! ¡Espera al menos hasta esta noche! ¡Tal vez yo pueda conseguir algo!

—No, muchacho. Todo está preparado ya. Y lo que he de hacer tiene que hacerse de día.

—¡No lo conseguirás!

—¿No? ¿Y por qué no voy a conseguirlo? Es más sencillo de lo que piensas. En el fondo es un juego de niños.

Un juego de niños...

No supo por qué, esa frase quedó grabada como a fuego en el cerebro de Jess Tunder.

Bisbiseó:

—¡Aguarda!

Y se volvió.

Vio entonces la cara de Rex.

Su cara.

Aquella cicatriz espantosa la deformaba.

Debían habérsela causado en una pelea, después de la última vez que se vieron. Eso, en cierto modo, no tenía importancia. O tal vez

tenía mucha. Sí. Tenía mucha importancia para Jess. Porque con aquella cicatriz, Rex no podía haberse hecho pasar por él. No podía haber engañado a Esther en el piso de *Pall Mail*.

Pues entonces, ¿qué...?

Jess tenía la sensación de ir a volverse loco.

—Te lo ruego —musitó—. Debemos hablar...

El dolor profundo le conmovió hasta las entrañas. Demasiado tarde se dio cuenta de que Rex había lanzado el cuchillo con la habilidad y la rapidez que eran características en él. Jess lo miró con los ojos desencajados, clavado en su pecho. Sintió que sus rodillas se doblaban...

—¡Rex...!

Sus fuerzas fallaban del todo. No podía gritar.

Una especie de puño apretaba su garganta.

Cayó a tierra, en tanto sus ojos se nublaban atrozmente, impidiéndole ver.

Y cuando su cara se hundió entre los altos tallos de hierba le pareció oír una risa lejana, terriblemente lejana...

CAPÍTULO XIII

UN JUEGO DE NIÑOS

A Jess Tunder le dominó la sensación que ya había tenido otras veces. No pudo decir si había estado sin sentido diez minutos o una hora. Lo cierto fue que cuando empezó a tener otra vez noción de sí mismo, lo primero que sintió fue la angustiosa sensación de soledad. Le parecía flotar en un mundo desconocido donde nada tenía sentido, donde nada existía.

Se palpó el pecho.

Aún tenía el cuchillo clavado allí.

Sin duda Rex le había dejado per muerto. O tal vez tenía tanta prisa por ejecutar su plan que no había pensado en otra cosa, dejándole a él como un problema secundario ya resuelto. Evidentemente no pensaba que Jess Tunder pudiera recuperarse.

Ni Jess tampoco, por supuesto.

Sentía una espantosa debilidad.

Trató de incorporarse poco a poco, mientras rechinaba sus dientes. No sentía dolor, pero la debilidad iba en aumento. Cuando logró ponerse de rodillas, todo empezó a dar vueltas en torno suyo.

En el cementerio no había nadie.

Acababan de huir hasta los gatos.

Jess Tunder sujetó el mango del cuchillo con las dos manos y tiró de él bruscamente.

Contuvo un aullido de dolor.

La hoja de acero salió, mientras saltaba también bruscamente al aire un chorro de sangre.

Jess apretó un pañuelo contra la herida.

La hemorragia, por fortuna, era pequeña. Pero necesitaba que alguien le atendiese o caería sin fuerzas en cualquier momento.

Sabía eso, pero sin embargo no lo pensó más.

La idea de que iba a morir se borró de su cráneo casi instantáneamente.

Otra idea más importante la había sustituido.

¡Tenía que encontrar a Rex! ¡Tenía que evitar que un auténtico enjambre de seres humanos muriera!

Tambaleándose, se puso en pie.

Necesitó apoyarse en las lápidas.

Respiraba afanosamente, mientras trataba de reunir todas sus fuerzas bajo una sola idea: «¡Resistir! ¡Resistir! ¡Resistir...!».

La sangre resbalaba por su camisa lentamente, pero con la americana abrochada podía no notarse. Siempre apoyándose en las lápidas, Jess avanzó hasta la puerta. El silencio envolvía el barrio de Neuilly y parecía envolver el mundo entero.

Jess salió a la calle.

Todo parecía dar vueltas cada vez más rápidas en torno suyo.

Pero aguantó.

Ahora sólo sabía dos cosas: que Rex iba a poner en práctica su siniestro plan y que él no iba a poder encontrarlo en la inmensidad de París. Era como buscar una aguja en un pajar, pero tenía que intentarlo.

De él dependía todo.

¡Tenía que lograrlo aunque fuera la última cosa que hiciese en este mundo!

Avanzó tambaleándose por la callejuela, en dirección al Sena. Un par de personas que lo vieron lo tomaron por un borracho.

No obstante la mente de Jess Tunder estaba muy clara.

Necesitaba robar un coche.

Robar un coche y dar con él vueltas por París.

Buscar la aguja en el pajar. ¡Intentarlo!

Se apoyó en el capó del viejo «Peugeot 404» que estaba parado en la esquina más inmediata. Era un coche tan viejo que su dueño ya no se ocupaba de protegerlo. No estaban las llaves de contacto, pero resultaba fácil hacer un puente con los cables. La puerta se abrió con una simple presión de la manija.

Jess Tunder trabajó con febril rapidez.

Se exponía a que le vieran y le metieran en la cárcel, pero ya no podía volverse atrás. Cuando tuvo el puente hecho, el motor runruneó poco a poco. Jess dio gas. El coche respondía bien, a pesar de su vejez de casi veinte años.

El joven rodó con él en dirección a Suresbes. Nada.

¿Podía estar el gas en el bosque de Bolonia?

Todo era posible.

Pero nada.

El bosque de Bolonia era una inmensa mancha verde que jamás conseguiría registrar.

¿Estaba en la avenida del mariscal Foch?

Jess se desesperaba.

¿Cómo podría registrar todas aquellas casas, cómo podría registrar la inmensidad de París?

Sentía el paso de los minutos como aldabonazos en su cráneo.

Aldabonazos de muerte.

Al fondo, mientras rodaba a poca velocidad, veía

L'Etoile

y el Arco del Triunfo.

¿Estaría el gas allí, sobre la propia tumba del Soldado Desconocido?

Imposible saberlo. Imposible registrar.

Cuando llegó al laberinto de avenidas de

L'Etoile,

se sintió absolutamente desorientado. ¿Por cuál de ellas rodar? ¿Por la de Iena? ¿Por la de Wagram? ¿Por los Campos Elíseos? ¿Estaría el gas acechando allí, cerca del famoso Lido?

La gente paseaba tranquila por las calles de París, respirando el aire fresco que llegaba del Sena.

Nadie pensaba que aquel aire podía convertirse pronto en un gas de muerte.

Jess lo veía todo borroso.

¿Hacia dónde dirigirse? ¿Qué hacer?

Resultaba inútil pedir la ayuda de los gendarmes.

Aunque les diera las señas de Rex, éste se habría disfrazado. Era un experto en aquella materia. Y además, ¿dónde buscarle? ¿Es que los gendarmes sabrían algo que no supiera él?

Rodó hasta la Torre Eiffel.

Atravesó el llamado Puente de Alma.

La inmensa estructura metálica parecía ir a desplomarse sobre él mientras rodaba cada vez a menos velocidad, mirando a todas partes. Ahora no había apenas visitantes en la torre, porque la temporada turística estaba lejos. Jess rodeó el Campo de Marte.

Nada.

Llegó a la Escuela Militar, el pequeño edificio construido por Luis XIV y donde se educó el propio Napoleón.

Nada.

Volvió de nuevo hacia la torre.

¡Nada!

A Jess Tunder nunca le había parecido París tan inmenso.

Se desesperaba.

Cada vez su debilidad iba en aumento. Ya apenas veía los coches que pasaban junto a él. Sentía la sangre resbalar por sus piernas y gotear en la alfombrilla del coche.

Cruzó nuevamente el Puente de Alma.

Ni rastro de lo que buscaba.

Subió a Montmartre.

Los pintores ya empezaban a instalar sus caballetes en la Place du Tertre, pese a que aún era temprano. El Sacré Coeur destacaba como una inmensa mole blanca en el purísimo cielo azul. Pero ningún detalle de aquella belleza interesaba a Jess Tunder. El solo quería encontrar a un hombre llamado Rex, un hombre a quien únicamente él reconocería. ¡Y por ahora no encontraba ni rastro!

Tal vez era ya demasiado tarde.

Tal vez el desastre iba a producirse de un momento a otro.

¡Kilos y kilos de gas mortal esparcidos por el aire de París! ¡Kilos y kilos de gas que la gente aspiraría!

Descendió de la colina hasta la rué Lepic, y luego rodó por el bulevar de Clichy. Algunos anuncios hablaban de chicas excitantes a las que quizá él no vería jamás. *Je sui nue... Je sui nue... Je sui nue...*

El Moulin Rouge.

¿Qué quedaría de todo aquello, cuando quizá medio millón de personas hubieran muerto en un solo minuto?

El bullicio de la Place Blanche, la plaza quizá más famosa de Europa Pero ni una pista de Rex.

¡Nada!

Jess Tunder no podía ya más.

El dolor le ahogaba.

Sus manos apenas podían sostener el volante.

No supo cómo, se encontró de nuevo bajo la torre Eiffel.

Su vista se nublaba cada vez más.

Pero de pronto sus ojos brillaron salvajemente, como con un fulgor postrero.

¡Ya estaba!

¡Ya lo tenía!

¡Lo veía a lo lejos!

¡Veía la muerte!

¡Y era exactamente como Rex había dicho!

¡Un juego de niños!

CAPÍTULO XIV

EL OTRO JESS TUNDER

A nadie le hubiera llamado aquello la atención. Cualquiera persona podía haber pasado cien veces por allí sin fijarse. Al mismo Jess podía haberle sucedido.

Pero él buscaba algo, y estaba seguro de tenerlo ya al alcance de su mano.

¡Aquel viejo vendedor de globos!

¡Los globos de colores cerca de la Torre Eiffel!

¡La mano que los sostenía!

Jess lo comprendió de repente.

Lanzó un rugido.

¡Los globos llenos de gas mortal! ¡Los globos que Rex iba a soltar de un momento a otro!

Jess aceleró bruscamente.

Fue a lanzarse sobre él, arrollando casi a un grupo de turistas que iban a visitar la torre.

Sonaron maldiciones y gritos.

Un gendarme, a lo lejos, creyendo que se trataba de un loco, hizo sonar su silbato. El «viejo» vendedor de globos —colocado intencionadamente en un sitio donde no era fácil vendiese ninguno— los soltó de repente.

Jess Tunder lanzó un auténtico alarido.

¡Ya era tarde! ¡Demasiado tarde!

Los globos, más de dos docenas, se elevaban nítidamente en el cielo de París.

Al desinflarse un poco irían cayendo. Los recogerían los niños.

Los globos estallarían de un lado a otro de la inmensa ciudad, sembrando la muerte en veinticuatro o veinticinco puntos distintos.

Jess parecía tener aquellas palabras clavadas en el alma.

¡Demasiado tarde!

Rex había sacado una pistola con cargador doble.

Disparó rabiosamente contra él.

Pero el coche estaba materialmente encima, y la bala no consiguió más que atravesar el parabrisas cerca de la cabeza de Jess Tunder. Éste saltó del vehículo en marcha. El «Peugeot» se estrelló contra una de las bases de la torre, entre un alarido de la multitud que contemplaba asombrada todo aquello.

Rex corría hacia las escaleras que llevan a las alturas.

Jess Tunder le siguió.

Rex arrolló a uno de los guardianes —ya demasiado viejo para oponer resistencia— y disparó hacia atrás. Empezó a subir las escaleras ágilmente.

Jess Tunder le siguió.

Las piernas le fallaban, pero estaba sacando fuerzas de flaqueza. Necesitaba la pistola. ¡Aquella maldita pistola de Rex!

Los dos subían resoplando como caballos heridos.

Pero Rex ganaba distancia. Jess Tunder estaba herido y ya no podía más. El viento cada vez más fuerte daba en su cara mientras la sensación de ahogo le dominaba poco a poco.

Los globos flotaban lentamente en torno a la torre.

Eran hermosos a pesar de todo, cada uno con un color distinto.

¡Pero llevaban la muerte!

¡El viento los arrastraría hacia las cuatro esquinas de París de un momento a otro!

Rex disparó otra vez.

La bala tuvo quejidos casi agónicos al resbalar sobre las estructuras metálicas.

Las piernas de Jess Tunder se doblaron.

¡No podía más!

Se sujetó como pudo a la barandilla, mientras la inmensidad de París parecía dar vueltas en torno suyo.

¡Pero necesitaba sacar fuerzas del fondo mismo de sus nervios!

¡Tenía que seguir!

Su enemigo había resbalado y se sujetaba a la barandilla

febrilmente. Era la oportunidad de Jess, la última oportunidad. Jadeando como una bestia llegó hasta donde estaba Rex cuando éste se ponía en pie. Le sujetó por un tobillo. Rex intentó volver la pistola hacia él.

Jess Tunder alzó aquel tobillo con todas sus fuerzas.

¡Con su sangre, con sus nervios, con su alma!

¡Nunca había hecho un esfuerzo tan terrible!

¡Todo él parecía ir a estallar!

Rex lanzó un alarido inhumano mientras pasaba por encima de la barandilla, tratando de sujetarse inútilmente. Soltó la pistola para aferrarse a algo sólido, pero fue inútil. Todo su cuerpo se arqueó en el aire.

Y su alarido se perdió poco a poco mientras él descendía hasta el abismo...

Estaban a la altura del primer piso de la torre.

Pero era suficiente.

El cuerpo de Rex pareció hacerse pedazos contra el suelo.

Jess Tunder no se entretuvo en verle caer. Tenía otras cosas más importantes que hacer, y la primera de ellas era sujetar la pistola.

La alzó y empezó a disparar contra los globos que oscilaban por encima de su cabeza, repartiéndose ya en todas direcciones. Estalló uno rojo, otro azul, otro verde... Era hermoso verlos deshacerse así. Jess Tunder disparaba como un loco, y la gente, abajo, debía tomarle efectivamente por un loco de atar. Pero él sabía que el gas no causaría daño a aquella altura. Sólo unos cuantos globos quedaban intactos cuando se le terminaron las balas. Jess oyó las pisadas de los gendarmes que subían en busca suya. Unas pisadas que parecían hacer retemblar la torre...

—Por Dios... —Fue lo último que balbució, señalando hacia el cielo—. Por Dios, impidan que alguien los toque...

Y luego quedó exánime sobre los peldaños. Quedó quieto, con los ojos desesperadamente abiertos...

* * *

¿Una hora? ¿Un día? ¿Un minuto?

Era como la otra vez. Jess Tunder no sabía cuánto tiempo había estado sin sentido. Pero ahora debían haber transcurrido varias

horas, porque él estaba es una cama, muy bien vendado, y por la única ventana entraban ya las sombras de la noche.

Vio una figura que se inclinaba sobre él.

La pareció reconocerla.

E hizo un esfuerzo para balbucir:

—Kleyton...

El jefe del Servicio Oriental del Intelligence Service, le hizo una leve seña para que callase.

—Estamos en París y yo aquí no pinto nada —musitó—. No se preocupe. No hable...

—¿Qué puedo decir? —musitó tristemente Jess—. ¿Que nunca podré cazar a Yavrenko?

—Yo, en su lugar, no me preocuparía demasiado de eso —murmuró Kleyton.

—Lo siento... Es un servicio que me encargaron... y que... no cumpliré.

—Claro que no lo cumpliré. Era imposible hacerlo.

—¿Por qué?

—Yavrenko no existe.

Los párpados de Jess Tunder sufrieron una sacudida.

—¿Qué dice? ¿Se burla de mí?

—Era un servicio falso. Lo único que yo quería era enviarle a Francia sin que usted sospechara para qué.

—¿Cómo iba a sospecharlo? ¡No lo sospecho ni ahora!

—Habíamos tratado de seguir la pista de Rex —murmuró Kleyton—. Teníamos indicios de que él vivía y de lo que preparaba. Cierta inquietante información había llegado hasta nosotros. El servicio secreto francés nos pidió que enviáramos alguien para capturar a Rex, y yo envié al único hombre que tenía. Pero si llego a decirle de qué se trataba, usted se hubiera negado. Usted nunca hubiera luchado contra un viejo amigo.

Jess apretó los labios.

Sentía una pena muy intensa, muy honda.

Kleyton siguió:

—Tenía que ser usted mismo el que intentara llegar hasta Rex por propia convicción, por su propio impulso, si Rex vivía como pensábamos. Para eso sólo había un sistema: excitar su curiosidad. Obsesionarle con la idea de Rex. Obligarle a buscarle como fuese. Si

existía una pista, sólo usted podía encontrarla. Si existía una deducción válida, sólo su cerebro podía obtenerla.

Kleyton guardó un instante de silencio y continuó:

—Tiene que perdonamos un pequeño complot en el que hemos participado todos. Su esposa, Esther, la primera, cuando le mintió al decirle que usted había entrado poco antes en el piso de *Pall Mail*. Ése iba a ser el primer indicio de que Rex vivía y de que se introducía de nuevo en su vida. Nosotros le seguíamos. No pudimos ayudarle cuando Rex, ayudado por sus cómplices, trató de matarle en el «Aston Martin». Ni cuando le hizo perseguir con el «Jaguar». Pero encontramos de nuevo su pista en Brive, donde el inspector Berdier siguió la comedia presentando una ficha falsa. El empleado del hotel también era un ayudante nuestro. Nadie había llamado realmente. La única llamada cierta era la del propio Rex al Palacio del Elíseo, pretendiendo hablar con el propio presidente de la República. El gendarme al que golpeó en Brive tenía órdenes de dejarle huir. El coche con las llaves puestas estaba preparado. La visita de Esther al hotel de París también. Ella misma mojó sus zapatos. Ella misma introdujo en sus bolsillos la ficha telefónica y las cerillas del bar desde el que se suponía había llamado Villard... Lo único que queríamos era que no soltara el hilo. Que siguiera aquello hasta el fin, porque si no lo seguía se volvía loco. Lástima que perdimos su pista otra vez en el cementerio de Neuilly. Allí estuvo a punto de hundirse todo...

Jess murmuró con desencanto:

—¡Vaya...! De modo que aquel gendarme gordo tema orden de dejarse pegar... ¡Y yo que creí que le había atizado un golpe de campeón!

—Se lo atizó, amigo. El pobre hombre ha pedido la baja por dos semanas. Tiene la mandíbula torcida...

Jess Tunder sintió entonces que le apretaban las manos. El rostro de Esther se pegó al suyo. Los labios de Esther buscaron sus labios.

Y su voz dulce, suave, musitó:

—Has debido sufrir mucho, Jess... ¿Me perdonarás alguna vez, querido?

—Claro que estás perdonada...

—Celebro que lo digas, porque de otro modo no me hubiera atrevido a hacerte una pregunta.

—Hazla. No puedo negarte nada...

—¿A qué te dedicaste durante el año que estuviste en Oriente Medio?

Las facciones de Jess Tunder se contrajeron.

El médico que vigilaba la entrevista gritó:

—¡Pronto! ¡Fuera todos! ¡Fuera todos! ¡Puede sufrir un síncope!

Jess Tunder rió para sus adentros, mientras todos salían.

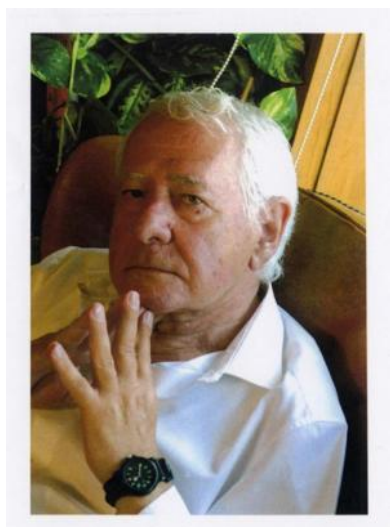
«Qué bien lo he hecho... —pensó—. Ahora, cada vez que ella me repita la pregunta, yo repito el cuento del síncope. Aunque tal vez haya un sistema mejor. ¿Por qué no tener un hijo con Esther?». Y gritó de repente:

—¡Un hijo...!

El médico se volvió hacia él.

—¡Calle, infeliz! ¡Qué hijo ni qué cuerno! ¡Lo que necesita es una cataplasma! Jess no se atrevió a decir nada más. Ni una palabra.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Actualmente ha sido trasladado a oficinas importaciones cerca del aeropuerto de Orly (N. del A.). < <

[2] El llamado «gas nervioso», cuya fórmula exacta se desconoce, ha sido noticia de primera página en los periódicos hace poco tiempo. Los norteamericanos poseían cuantiosas reservas de ese gas que mata por paralización de los centros nerviosos, y ante el cual no hay defensa posible. Se le considera un arma tan terrible como la bomba nuclear, pero resulta mucho menos segura para el país que la posee. En efecto, el gas puede filtrarse y llegar a matar a millones de seres humanos en el país que lo posea. Debido a esto, Estados Unidos se deshizo del que poseían mediante el procedimiento de cargarlo en un viejo tipo «Liberty» y hundirlo en el océano. Las cajas iban recubiertas de bloques de cemento para evitar toda filtración, pues el «gas nervioso» conserva sus efectos mortales incluso dentro del agua.

Se daba por supuesto que no hay en el mundo más reservas del mismo, pero ése es un punto que nadie puede ni remotamente asegurar.

En cuanto a la OTAN, o tratado militar de defensa occidental, Francia perteneció a él, y por tanto pudo poseer reservas de armas secretas, hasta que el presidente De Gaulle decidió retirarse y seguir su propia política de defensa (N. del A.). < <

[3] El presidente Pompidou ha sido profesor de literatura y ha traducido muchísimas poesías, parte de ellas en lengua española. Se dice que es uno de los hombres más entendidos en poesía de Francia (N. del A.). < <